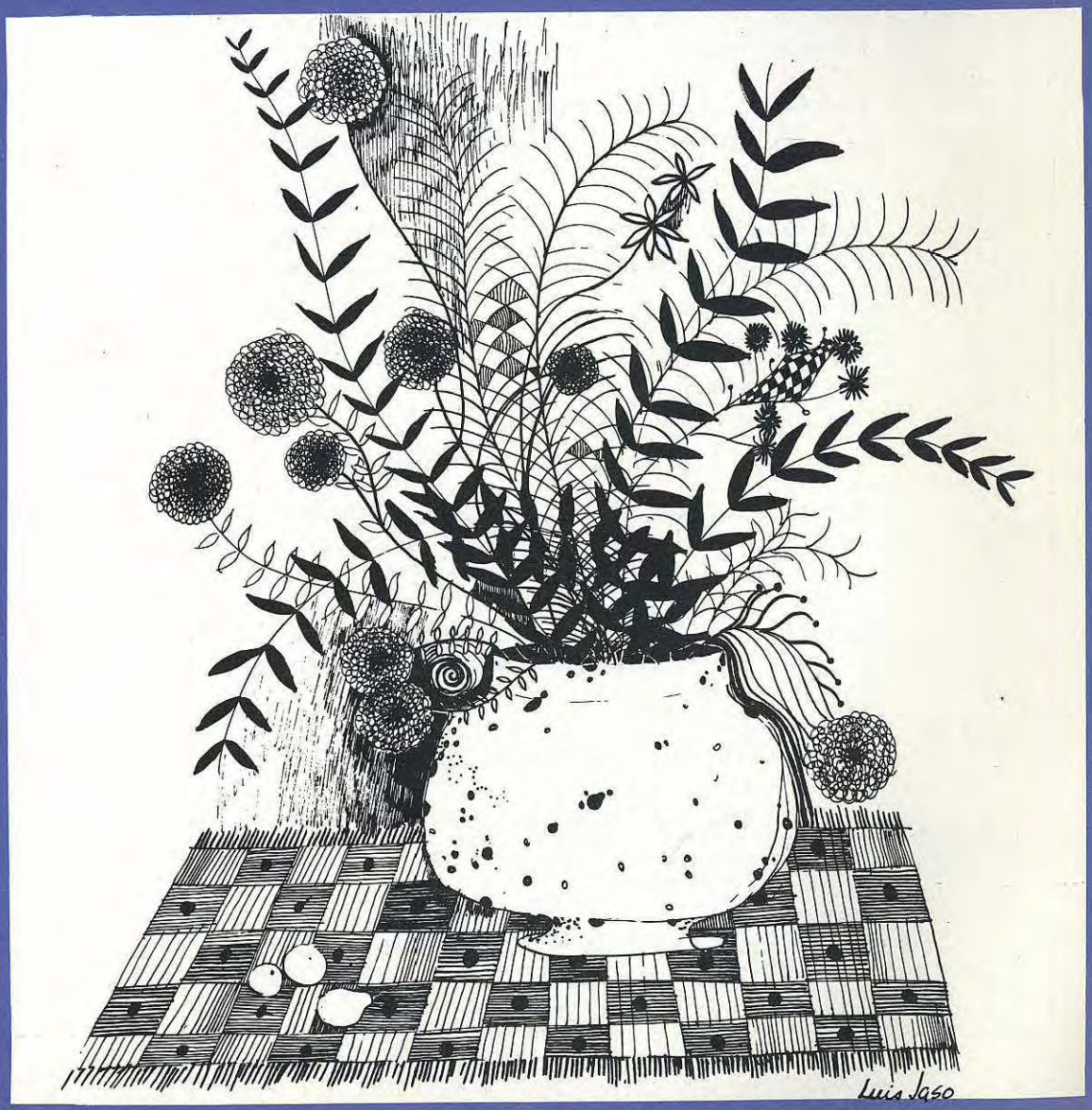
Artes / Letras / Ciencias humanas

DIALOGOS

Poemas de: Octavio Paz, Susana Thénon, Alejandra Pizarnik, Eduardo Lizalde | *Ensayos de:* Josefina Vázquez de Knauth, Romero Flores | *Relatos de:* Jorge Aguilar Mora, Lu Xun, Kobo Abe *Ilustra:* Luis Jasso



El Colegio de México

Número 26 | marzo-abril 1969 | precio $ 10.00 m. n.

EL COLEGIO DE MEXICO

ediciones recientes

Jan Bazant, HISTORIA DE LA DEUDA EXTERIOR DE MÉXICO (1823-1946)
294 pp. En México $ 45.00 En el exterior Dls. 4.00

☆

Alexander Bohrisch y Wolfgang König, LA POLÍTICA MEXICANA SOBRE INVERSIONES EXTRANJERAS (Jornada 62)
84 pp. En México $ 12.00 En el exterior Dls. 1.20

☆

Enrique Florescano, PRECIOS DEL MAÍZ Y CRISIS AGRÍCOLAS EN MÉXICO (1708-1810)
XX + 254 pp. En México $ 50.00 En el exterior Dls. 4.40

☆

José Gaos, ANTOLOGÍA DE LA FILOSOFÍA GRIEGA. 2ª edición
220 pp. En México $ 36.00 En el exterior Dls. 3.00

☆

Luis González, PUEBLO EN VILO. MICROHISTORIA DE SAN JOSÉ DE GRACIA
364 pp. En México $ 50.00 En el exterior Dls. 4.40

☆

Lorenzo Meyer, MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS EN EL CONFLICTO PETROLERO *(1917-1942)*
274 pp. En México $ 50.00 En el exterior Dls. 4.40

☆

Alejandra Moreno Toscano, GEOGRAFÍA ECONÓMICA DE MÉXICO (SIGLO XVI)
192 pp. En México $ 35.00 En el exterior Dls. 3.30

☆

RELACIONES DIPLOMÁTICAS HISPANO-MEXICANAS. Vol. IV: *1846-1848*
284 pp. En México $ 65.00 En el exterior Dls. 5.40

☆

Iván A. Schulman, GÉNESIS DEL MODERNISMO: MARTÍ, NÁJERA, SILVA, CASAL
224 pp. En México $ 30.00 En el exterior Dls. 2.50

☆

Pedidos y correspondencia a:
El Colegio de México, Departamento de Publicaciones
Guanajuato 125 – México 7, D. F. – Teléfono: 33-29-31

DIALOGOS
Artes/Letras/Ciencias humanas

DIRECCIÓN: RAMÓN XIRAU
REDACCIÓN: VICENTE LEÑERO
MARGARITA PEÑA

CONSEJO DE REDACCIÓN:
ANTONIO ALATORRE
VICENTE LEÑERO
RAFAEL SEGOVIA
RODOLFO STAVENHAGEN
VÍCTOR URQUIDI
RAMÓN XIRAU

REVISTA BIMESTRAL / VOLUMEN 5, NÚMERO 2 [26] MARZO-ABRIL DE 1969

En este número:

SUSANA THÉNON, Tres poemas / 3

ROMEO FLORES CABALLERO, Neocolonialismo, nacionalismo y expulsión de los españoles / 5

OCTAVIO PAZ, Maithuna / 8

LU XUN, Kong Yi-ji / 12

KOBO ABE, La mujer de arena / 15

JOSEFINA VÁZQUEZ DE KNAUTH, Nacionalismo y enseñanza de la historia / 19

ALEJANDRA PIZARNIK; Siete poemas / 22

JORGE AGUILAR MORA, El alquimista / 24

EDUARDO LIZALDE, El tigre / 30

El eterno retorno: Giambattista Vico, De uua República natural eterna / 32

Lecturas: Dos testimonios: poesía, historia, por Ramón Xirau / 33

Libros / 34

Libros recibidos / 36

Colaboradores / 38

Ilustraciones de LUIS JASO

Correspondencia, suscripciones y canje: El Colegio de México, Guanajuato 125, México 7, D. F. Precio del ejemplar: en la República Mexicana: $ 10.00, diez pesos, moneda nacional. Otros países: $ 1.00, un dólar. Suscripción anual: en la República Mexicana: $ 50.00 pesos, moneda nacional. Otros países: $ 4.80 dólares. Colaboración solicitada. *Impreso en México*: Imprenta Madero, S. A. [Registro en trámite].

Epígrafe

Vico concebía la historia de las naciones —conjuntos de nacimientos y renacimientos nacionales que constituyen el "mundo de las naciones"— como una espiral de crecimiento. No pensaba como pensaría Valéry que las naciones son mortales sino que de la muerte de una civilización surge, enriquecida, una civilización nueva. Buena parte de la tesis de Vico se expone, en sus propias palabras, en el *Epígrafe* de este número. Al sentido del nacionalismo se dirigen los dos ensayos que hoy se presentan: el de Josefina Vázquez de Knauth y el de Romeo Flores. Aguilar Mora, joven cuentista, intenta ofrecernos dos dimensiones de una misma historia: vidas paralelas que son una misma vida; Kobo Abé —debemos a Sakai la traducción directa del japonés— ha regresado a las tradiciones de su tierra por el camino del surrealismo; Lu Xun inaugura el realismo y la sátira en China a principios de este siglo; Octavio Paz ahonda nuevamente en el sentido de la poesía más allá de las palabras y de los silencios. Tres poetas jóvenes ofrecen tres facetas del poetizar actual —los tres, y como Heidegger— en busca del fundamento que la poesía revela: energía en Lizalde; precisión de cristal en Susana Thénon; y, en Alejandra Pizarnik, lo que ella ha llamado "las morades del consuelo". —R.X.

Susana Thénon

Tres poemas

ODISEA

A Sofía Maffei

Llegó a su fin el tiempo de las palabras.

(Recuerda aquella edad gigantesca
en que junto a la piedra, a la semilla,
un verbo pudo alzar
el más ilimitado de los encuentros,
el espejismo innumerable,
la escalera y el puerto, el terraplén de los cereales
y el mar, las multitudes restallantes
en el ágora. Los olivares y el tiempo.
Y Homero no era helado monumento, ese claroscuro
que nos legaron, mutilado en museos:
era todo él un vivo alfanje rojo
en su voz de armonías descabelladas,
con el misterio, el hombre, los regresos y el sueño.)

Recuerda y tiembla, porque hoy,
en este reino oscuro del sonido,
llegó a su fin el tiempo de las palabras.

CABEZA DE SAFO

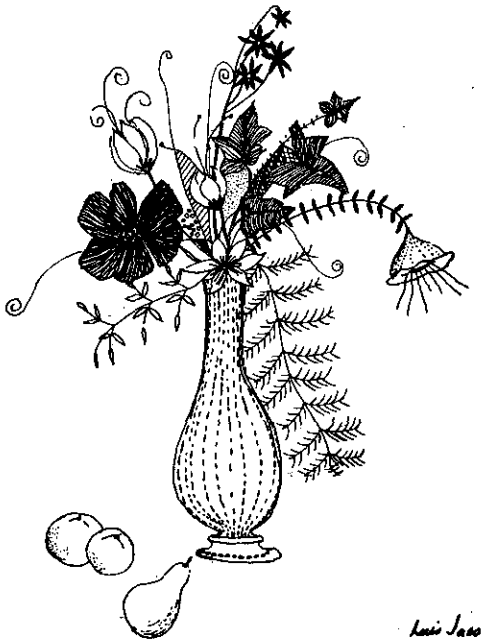
Piensa, luego sangra
esta cabeza reina, camina fiel,
recuerda, sierva de sus muertos.
Sueña de pie esta altura de torre,
esta ceniza de león rampante
vuela noche del mar
y toda flor, insomne llora
sentada en lo indecible.

Roca, te abres. Hermana de piedad,
por agua con estrella
pides.
A tientas por la oscura memoria inútil
lavas el oro de tu pueblo.

Adiós, amada: es tiempo en los ojos.
Tu sombra enorme se ha llenado de extraños.

EL POEMA

Arte dulce y oscuro de pensar
tu desnudo en la muerte como un extraño:
allí tu nombre, el tiempo
ya no piden por agua, estás muy solo
con los tuyos, cielos antiguos
por sí mismos caen
bajo el delirio de la luz. Sin manos
creces y huyes. Cerca anda el mar.



Romeo
Flores Caballero

Neocolonialismo, nacionalismo y expulsión de los españoles

El escaso siglo y medio de vida independiente de los países de América Latina no ha sido suficiente para destruir la influencia de la herencia institucional consecuente a los tres largos siglos de dominación española. Los esfuerzos por eliminar el legado colonial se remontan hasta el momento mismo en que se inició la lucha por la independencia política. El periodo que circunscribe estos esfuerzos ha sido identificado como Neocolonialismo. El estudio del Neocolonialismo es de particular importancia porque, al mismo tiempo que en él se fraguaron las ideas de la emancipación política y la destrucción del orden colonial, se consolidaron las ideas que servirían para organizar el destino de las naciones de América Latina. Este escrito tiene por objeto identificar un hecho histórico: La expulsión de los españoles de México, en la década de 1820-1830 que, además de describir un paso hacia el sacudimiento de la herencia colonial, podría considerarse como un ejemplo de nacionalismo.

Los españoles formaban la porción más pequeña de la sociedad novohispana. Estaban colocados en los puestos más importantes de la Iglesia, el Ejército y la Administración Pública. Los que no ocupaban cargos importantes en estas instituciones, disfrutaban el monopolio del comercio. Todos en general estaban colocados en la cúspide de la sociedad novohispana en vísperas de la Independencia. Desde allí, asociados con la oligarquía criolla, defendían sus intereses y los de la metrópoli.

La posición privilegiada que disfrutaban los españoles habría de cambiar radicalmente cuando, a principios del siglo XIX, la metrópoli sufría graves crisis económicas y políticas que le impedían sostener los privilegios que disfrutaban sus súbditos peninsulares de la Nueva España. La relación de dependencia se había invertido. Era evidente que la corona necesitaba más a la Nueva España que ésta a la metrópoli. Los españoles, los criollos y los letrados así lo entendían. Los españoles, conscientes de que su posición se debilitaba frente a los criollos, unieron filas para evitar un cambio político violento que perjudicara su *status quo*. Estaban conscientes de que, a medida que su posición se debilitaba, crecía la importancia de los criollos, quienes pasaban a ocupar un primer plano en la política novohispana, y que el pueblo en general los veía como los representantes de las injusticias de los trescientos años de administración colonial. La población había terminado por perder toda identificación con la metrópoli, y los criollos, al decir de Alejandro de Humboldt, preferían decir con orgullo que no eran españoles sino americanos, palabras que, como el mismo sabio reconocía, descubrían los síntomas de un antiguo resentimiento.

La posibilidad de emancipación política se presentó en 1808 cuando los comerciantes españoles decidieron destituir y encarcelar al Virrey José de Iturrigaray temerosos de que aprovechara en su beneficio la desorientación colectiva, consecuente a las graves crisis agrícolas de la época, la ejecución de la Real Cédula de Consolidación de 1804 y la invasión francesa a la Península. Con la destitución de Iturrigaray, inauguraban en México una nueva forma de tomar el poder. La prisión de la máxima autoridad de la Colonia y las graves crisis anunciadas, terminaron por dividir a los españoles. Esta división, unida a la falta de respeto a la autoridad, provocó un serio relajamiento del orden político y administrativo. Los españoles poderosos, a fin de mantener inalterable su *status quo*, decidieron establecer su programa de acción que, según Justo Sierra, se podía condensar en la fórmula "Nueva España para los españoles", en oposición a la presentada por los insurgentes "Nueva España para los mexicanos".

El movimiento emancipador encabezado por don Miguel Hidalgo carecía de un programa político. Sus ideas generales se limitaban a salvar a la Nueva España para Fernando VII cuando saliera de su cautiverio, y a neutralizar el poder de los españoles en la Colonia. La mayoría de la población, que no alcanzaba a entender la esencia de la crisis que vivía, se levantó al grito de "mueran los gachupines" con lo que provocaron el relajamiento de la sociedad y desafiaron a la Iglesia como institución. José María Morelos habría de fijar la nueva dirección y el carácter nacionalista del movimiento de independencia, mediante el Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana.

Morelos, a la cabeza del movimiento de independencia, efectuó los primeros intentos concretos para destruir

la influencia de las instituciones coloniales. Los movimientos liberales de la Península proporcionaron el respaldo ideológico en contra de la Iglesia, el Ejército, la estructura del Poder Judicial y los Consulados. Era necesario destruir los fueros disfrutados por los miembros de estas instituciones, y el sistema de monopolios explotados en exclusiva por los comerciantes peninsulares. Los esfuerzos se encaminarían, en primer término, a neutralizar la influencia de la Iglesia. Esta tarea no parecía difícil porque los eclesiásticos se habían dividido en la guerra de independencia. Después se intentaría minar el prestigio de las otras instituciones poderosas. Pronto se advirtió lo difícil que era destruirlas. Su poder e influjo habrían de quedar de manifiesto muy claramente al encargarse de planear la derrota de los insurgentes y dirigir la consumación de la independencia de acuerdo con sus intereses. El Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba legalizarían su actuación y les permitiría mantener inalterable su *status quo*. Los líderes insurgentes, frustrados, aceptaron la situación por el momento, y reservaron para el futuro la lucha por la transformación social y política de la nueva nación.

La consumación de la independencia calmó momentáneamente los ánimos exaltados. Sin embargo, muy pronto, los insatisfechos criollos y los antiguos insurgentes, comenzaron los ataques al ídolo improvisado y al gobierno que presidía. Los mexicanos advertían que empezaban a gobernarse a sí mismos, pero era clara la presión e influencia de las poderosas instituciones de la Colonia. La alianza de la Iglesia, el Ejército, y los capitalistas españoles permanecía indisoluble. A pesar de la independencia, los mexicanos respiraban el ambiente colonial en todas sus formas. Se hacía necesario un cambio.

Los ataques en contra de la Iglesia y el Ejército habían fracasado porque algunos líderes insurgentes y la oligarquía criolla estaban muy ligados a ellos, y porque el pueblo en general les mantenía inalterable su respeto. Para que los ataques en contra de la Iglesia y el resto de las instituciones coloniales tuvieran el éxito deseado era necesario cambiar de táctica. La nueva acción consistiría en atacar la parte más vulnerable de las instituciones, es decir, que habría que comenzar por destruir la influencia de los españoles. España facilitaba la empresa al rechazar los Tratados de Córdoba y al desconocer la independencia. La actitud de España hizo que la población viera con desconfianza a los españoles en México. La posición de los peninsulares se debilitaba aún más por la presencia de las tropas españolas que ocupaban el Castillo de San Juan de Ulúa y porque corrían rumores insistentes en el sentido de que España preparaba una expedición de reconquista.

Los mexicanos, a pesar del Plan de Iguala y los esfuerzos oficiales por mantener la unión entre sus habitantes, no habían concedido a los españoles carta de ciudadanía. Los peninsulares eran los representantes de la opresión que habían vivido durante trescientos años, y los mexicanos no estaban dispuestos a olvidarlo fácilmente.

La primera acción en contra de los europeos fue la de pedir que fueran destituidos de los puestos que ocupaban en la Administración Pública. La petición parecía legítima porque, como hemos visto, España se negaba a reconocer la Independencia de México. Sin embargo, para los criollos tal petición era la oportunidad esperada a fin de que se les abrieran las puertas de la burocracia, o para ascender en los puestos de la Administración Pública.

El gobierno, encabezado por Guadalupe Victoria, intentó neutralizar la demanda popular recurriendo a procedimientos legales. Sin embargo, ninguna acción suya parecía suficiente para calmar los ánimos exaltados. La violencia se generalizó en todo el país. Los españoles, temerosos de las represalias de los alzados, abandonaban los puestos que ocupaban en la provincia y se concentraban en la capital. El primer paso concreto para calmar los ánimos y neutralizar la campaña en contra de los españoles consistió en decretar en 1824 la extinción de los Consulados. Éstos estaban dominados por los comerciantes y peninsulares y representaban el sistema de monopolios ejercido por la Corona. La decisión, a su vez, estaba de acuerdo con el espíritu librecambista que prevaleció durante los dos primeros gobiernos independientes.

La extinción de los Consulados no fue suficiente para calmar las manifestaciones antiespañolas. El gobierno mismo tuvo que reconocer que ante la inquietud política parecía poca cosa. La defensa de los europeos se hacía insostenible. El gobierno tuvo que ceder definitivamente cuando fue descubierta la conspiración encabezada por el padre Arenas, español por nacimiento, quien pretendía hacer que el país retrocediera al orden colonial. La conspiración del padre Arenas serviría para justificar en adelante cualquier reacción en contra de los españoles. Pronto los levantamientos en su contra aumentaron en todo el país. Algunas legislaturas estatales habían decidido suspender a los españoles de sus puestos en la burocracia, hasta que España no reconociera la independencia de México. La presión popular fue tal, que el Congreso General hubo de debatir el caso en su seno. El 10 de mayo de 1827, después de considerar la seguridad interior y la amenaza a la independencia, decidió aprobar un decreto que separaba a los españoles de la Administración Pública, aunque sin privarlos del goce de sueldos.

El decreto que separaba a los españoles de la administración pública fue un recurso político utilizado por el gobierno para calmar los ánimos y, a la vez, con la esperanza de terminar con los alzamientos en contra de los españoles. A pesar de todos los esfuerzos no fue posible conseguir la planificación del país. El sentimiento antiespañol aumentó considerablemente, en contra de los mejores deseos de los gobernantes. España seguía intransigente y se negaba a reconocer la independencia

Contribuía de esa manera, a debilitar la posición de sus súbditos en México. La situación de los españoles se convirtió en un factor importante en las campañas políticas de los partidos contendientes. Los escoceses se convirtieron en los defensores de sus intereses, los yorkinos por su parte, explotando un nacionalismo exagerado, encabezaron las peticiones populares, abora encaminadas a pedir la expulsión total de los españoles.

El tema de la expulsión de los españoles llegó a convertirse en la plataforma política de los partidos contendientes. Guadalupe Victoria se enfrentaba a la crisis más grave de su gobierno. La estabilidad política del país estaba seriamente amenazada. Las dificultades financieras pasaron a ocupar un segundo plano. Los yorkinos se encargaron de agravar aún más la situación explotando el odio de las masas hacia los españoles y utilizándolo a su favor. La situación de los españoles se hacía insostenible. Los grupos levantados en armas que pedían la expulsión total de los peninsulares y los congresos estatales, encabezados por los yorkinos, que ya la habían decretado en sus respectivas legislaturas, forzaron al Congreso General de la Unión a que considerara la nueva petición. Los Congresistas tenían bien formada su opinión al respecto. La primera ley de expulsión de españoles fue aprobada el 20 de diciembre de 1827.

La aprobación de la primera ley de expulsión de españoles fue considerada como un recurso político utilizado por el gobierno. La naturaleza de las excepciones contenidas en la ley aseguraban la permanencia de la mayoría de los peninsulares. Sin embargo, a pesar de su carácter benigno, no logró calmar los ánimos de los partidos en pugna. Los escoceses trataron de nulificar sus efectos. El vicepresidente Nicolás Bravo encabezó el Plan de Montaño, que se oponía a la ejecución de la ley y al gobierno, pero fue derrotado por el ejército encabezado por Vicente Guerrero. Los yorkinos surgieron más poderosos y se convirtieron en los árbitros de la política nacional, al triunfar en las elecciones para diputados en 1828. Los yorkinos, haciéndose voceros de la voluntad general, respaldados por el ejército, y ante la indiferencia del presidente Victoria, se encargaron de promover y conseguir la aprobación de una nueva ley de expulsión de españoles el 20 de marzo de 1829.

La segunda ley de expulsión se aprobó en consecuencia del fracaso de la ley de 1827, porque había aumentado el sentimiento antiespañol y por el creciente temor de una invasión española de reconquista. Vicente Guerrero se encargó de ejecutarla. La nueva ley pretendía ser inflexible. Sin embargo, las dos únicas excepciones que contenía fueron suficientes para restarle efectividad. El gobierno mismo se encargó de nulificar sus efectos al aumentar el número de excepciones, por carecer de fondos suficientes para cumplirla, por la presión de las familias de los comprendidos en la ley, y porque legisladores, ministros y el mismo presidente se encargaron de dar protección a muchos españoles.

Las leyes de expulsión de españoles de 1827 y 1829 afectaron principalmente a los ciudadanos de escasos recursos. Los más poderosos compraron su permanencia en el país. Los pobres que no pudieron evitar los efectos de las leyes de expulsión se encaminaron hacia Nueva Orleans, Estados Unidos; los acaudalados fijaron sus residencias en La Habana, Cuba y en Burdeos, Francia. Su regreso a México estaba condicionado a que España reconociera la Independencia.

La administración de Anastasio Bustamante, que había ocupado el poder en 1830 a consecuencia de un golpe de estado en contra de la Administración de la cual era vicepresidente, y que gozaba del respaldo de la Iglesia y del Ejército, protegió a los españoles y alentó el regreso de los expulsos en general. Sin embargo, convencido del sentimiento antiespañol de los mexicanos, no vaciló en utilizar el tema como instrumento político a fin de encontrar el respaldo popular que necesitaba, y consolidar su autoridad.

El último acto oficial en contra de los españoles lo realizó el general Manuel Gómez Pedraza en 1833 al decretar la obediencia a la ley de expulsión de 1829 y publicar la lista de los españoles cuya permanencia era legal en virtud de las excepciones concedidas. Sin embargo, no logró lo que esperaba por su corta permanencia en el poder. La administración de Valentín Gómez Farías y de Antonio López de Santa Anna no se distinguió por perseguir a los peninsulares. Los motivos de descontento habrían de disminuir considerablemente hacia 1836, al iniciarse las relaciones diplomáticas entre México y España. Para entonces, la poderosa influencia de los españoles en la vida política, económica y social del país había sido eliminada.

Con la expulsión de los españoles se dio el primer paso hacia el sacudimiento del legado colonial y la consolidación de la independencia. Los otros esfuerzos tendientes a eliminar el poder de la Iglesia y el Ejército, de los que habían formado parte importante los españoles, habrían de esperar una nueva generación y el triunfo definitivo de las Leyes de Reforma.

Octavio Paz

Maithuna

Mis ojos te descubren
Desnuda
Y te cubren
Con una lluvia cálida
De miradas

*

Una jaula de sonidos
Abierta
En plena mañana
Más blanca
Que tus nalgas
En plena noche
Tu risa
O más bien tu follaje
Tu camisa de luna
Al saltar de la cama
Luz cernida
La espiral cantante
Devana la blancura
Aspa
Fijeza plantada en un abra

*

Mi día
En tu noche
Revienta
Tu grito
Salta en pedazos
La noche
Esparce
Tu cuerpo
Resaca
Tus cuerpos

Se anudan
Otra vez tu cuerpo

*

Hora vertical
La sequía
Mueve sus ruedas espejeantes
Jardín de navajas
Festín de falacias
Por esas reverberaciones
Entras
Ilesa
En el río de mis manos

*

Más rápida que la fiebre
Nadas en lo oscuro
Tu sombra es más clara
Entre las caricias
Tu cuerpo es más negro
Saltas
A la orilla de lo improbable
Toboganes de cómo cuando porque sí
Tu risa incendia tu ropa
Tu risa
Moja mi frente mis ojos mis razones
Tu cuerpo incendia tu sombra
Te meces en el trapecio del miedo
Los terrores de tu infancia
Me miran
Desde tus ojos de precipicio
Abiertos
En el acto de amor
Sobre el precipicio
Tu cuerpo es más claro
Tu sombra es más negra
Tú ríes sobre tus cenizas

*

Lengua borgoña de sol flagelado
Lengua que lame tu país de dunas insomnes
Cabellera

Lengua de látigo
Lenguajes
Sobre tu espalda desatados
Entrelazados
Sobre tus senos
Escritura que te escribe
Con letras aguijones
Te niega
Con signos tizones
Vestidura que se desviste
Escritura que te viste de adivinanzas
Escritura en la que me entierro
Cabellera
Gran noche súbita sobre tu cuerpo
Jarra de vino valiente
Derramado
Sobre las tablas de la ley
Nudo de aullidos y nube de silencios
Racimo de culebras
Racimo de uvas
Pisoteadas
Por las heladas plantas de la luna
Lluvia de manos de hojas de dedos de viento
Sobre tu cuerpo
Sobre mi cuerpo sobre tu cuerpo
Cabellera
Follaje del árbol de huesos
El árbol de raíces aéreas que beben noche en el sol
El árbol carnal El árbol mortal

*

Anoche
En tu cama
Éramos tres:
Tú yo la luna

*

Abro
Los labios de tu noche
Húmedas oquedades
Ecos
Desnacimientos:
Blancor

Súbito de agua
Desencadenada

*

Dormir dormir en ti
O mejor despertar
Abrir los ojos
En tu centro
Negro blanco negro
Blanco
Ser sol insomne
Que tu memoria quema
(Y
La memoria de mí en tu memoria)

*

Y nueva nubemente sube
Savia
(Salvia te llamo
Llama)
El tallo
Estalla
(Llueve
Nieve ardiente)
Mi lengua está
Allá
(En la nieve se quema
Tu rosa)
Está
Ya
(Sello tu sexo)
El alba
Salva

Maithuna: las parejas eróticas que cubren los muros de ciertos templos budistas e hindúes; la unión sexual; el camino de la iluminación, en el budismo y el hinduísmo tántricos, por la conjunción de *karauna* (la Pasión) y *prajna* (la sabiduría). *Karuna es el lado masculino* de la realidad y *Prajna* el femenino. Su unión es *sunyata*: la vacuidad... vacía de su vacuidad. El fragmento séptimo de este poema es una imitación de Li-Po.

[Del libro *Ladera este*. De próxima publicación por la editorial Joaquín Mortiz.]

Lu Xun

Kong Yi-ji

En el pueblo de Lu, la disposición de las cantinas es diferente de las de otras partes. Todas tienen a la calle un gran mostrador en ángulo recto, detrás del cual se mantiene agua hirviendo, lista para poder calentar el vino en cualquier momento. Al salir del trabajo al mediodía y por la tarde, los obreros solían gastarse cuatro centavos en un tazón de vino (esto era hace más de veinte años; ahora cada tazón ha subido a diez centavos) y para descansar se lo bebían bien caliente, de pie y apoyados en el mostrador. Si querían gastar un centavo más, podían pedir un plato de yemas de bambú salcochadas o de frijoles con hinojo, para bajar el vino. Con más de diez centavos se podía comprar un plato de carne, pero estos clientes eran todos gente de chaqueta,[1] en general no disponían de esa fortuna. Sólo la gente de túnica entraba a la trastienda para pedir vino y comida, y sentarse a beber con calma.

Desde los doce años trabajé como dependiente en la cantina *La prosperidad*,[2] en las afueras del pueblo. El patrón declaró que yo tenía demasiado aspecto de tonto, tenía miedo de que no fuera capaz de servir a los clientes de túnica, así que sería mejor que hiciese algo del trabajo externo. Aunque era más fácil entenderse con los clientes de chaqueta de afuera, en su cháchara constante también había no pocas dificultades.

Frecuentemente querían ver sacar el vino amarillo[3] del cántaro con sus propios ojos, y después de mirar si no había agua en el fondo de la jarra, no se quedaban tranquilos hasta ver la jarra puesta a calentar en el agua hirviendo. Bajo esta vigilancia estricta, era muy difícil rebajar el vino. Así que, pasados unos cuantos días, el patrón volvió a decir que yo no era capaz de hacer el trabajo. Afortunadamente, la persona que me había recomendado tenía mucha influencia, no podían despedirme, y entonces pasé a ocuparme exclusivamente de la aburrida tarea de calentar el vino.

Desde entonces, me pasaba el día entero parado detrás del mostrador, ocupado en mi tarea exclusiva. Aunque no me equivocaba, mi deber se me hacía monótono y aburrido. Con la mala cara que me ponía el patrón, y además los clientes haciendo barullo, no se podía estar animado. Sólo cuando Kong Yi-ji llegaba a la cantina podía reírme un poco, y por eso hasta ahora todavía lo recuerdo.

Kong Yi-ji era la única persona de túnica que bebía de pie. Era muy alto, y a menudo su cara pálida y arrugada, con una desaliñada barba grisácea, estaba llena de cicatrices. Aunque usaba túnica, la traía tan sucia y raída como si en más de diez años nunca la hubiese limpiado ni remendado. Al hablar, siempre se le llenaba la boca de arcaísmos que nadie entendía más que a medias. Como se llamaba Kong, le habían sacado un apodo de los modelos de caligrafía, donde venía una frase medio incomprensible *Caballero Kong Yi-ji*,[4] y lo convirtieron en Kong Yi-ji. Cuando llegaba a la cantina, todos los que estaban bebiendo se reían al verlo, y algunos exclamaban:

—¡Kong Yi-ji, traes cicatrices nuevas en la cara!

Sin contestar, él hablaba hacia el mostrador:

—Caliéntame un par de tazones de vino, y dame un plato de frijoles con hinojo.

Luego alineaba nueve centavos. Volvían a exclamar adrede en voz alta:

—¡Seguro que has vuelto a robarle a alguien!

Kong Yi-ji decía entonces, abriendo unos ojos enormes:

—¡Cómo te atreves a manchar sin fundamento el honor! . . .

—¿Qué honor? Si anteayer he visto con mis propios ojos que te estaban azotando por haberles robado libros a los Ho.

Entonces Kong Yi-ji enrojecía, y las venas azules de su frente se hinchaban como cuerdas. Discutía:

—Hurtar libros no puede considerarse robo . . . ¡Hurtar libros! . . . es asunto de letrados, ¿cómo puede considerarse robo?

Y continuaba con un discurso ininteligible, algo como

[1] En esa época la gente de clase acomodada, sobre todo los letrados, se distinguían del pueblo por su túnica; el resto de la población usaba siempre chaqueta y pantalones.

[2] *Xian-heng* (en el original) significa "Todo prospera"; los comercios suelen elegir nombres venturosos.

[3] Tipo de vino de mijo.

[4] Probablemente los seis signos no tenían ningún sentido y sólo eran modelos de los trazos más corrientes, pero en el orden en que estaban presentados podían interpretarse como un nombre propio precedido por un título honorífico.

"El hombre superior soporta las privaciones", algo de *zhe* y *hu*[5] que hacía reventar de risa a todo el mundo; la cantina se llenaba de un ambiente de alegría.

Yo había oído comentar a sus espaldas que en realidad Kong Yi-ji había estudiado, pero al final no había pasado los exámenes de admisión.[6] Como tampoco era capaz de ganarse la vida, cada día que pasaba era más pobre, y había acabado mendigando. Afortunadamente tenía buena letra, así que copiaba libros para otros, a cambio de un plato de comida, Pero lamentablemente tenía una mala condición: le gustaba más la bebida que el trabajo. Apenas pasados unos cuantos días, Kong Yi-ji, libros, papel, pinceles y tintero desaparecían todos juntos. Así que después de unas cuantas veces, ya no hubo quien le diera libros a copiar. Kong Yi-ji no tuvo más remedio que dedicarse a robar de vez en cuando. Pero en nuestra cantina su conducta era increíblemente mejor que la de todos los demás; nunca quedaba debiendo por mucho tiempo. Si acaso no tenía dinero, se anotaba provisionalmente en una pizarra,[7] pero antes de un mes era seguro que pagaba, y se borraba su nombre de la pizarra.

Cuando Kong Yi-ji se había bebido medio tazón de vino, y su cara enrojecida iba recuperando poco a poco su color normal, los presentes volvían a preguntarle:

—Kong Yi-ji, ¿de veras sabes leer?

Kong Yi-ji miraba al que le había preguntado, con expresión de no dignarse discutir. Entonces le seguían diciendo:

—¿Cómo no pescaste ni medio título de *xiu-cai*?[8]

Inmediatamente Kong Yi-ji se mostraba deprimido e inquieto, y su cara se cubría de una capa color ceniza. Decía algo entre dientes, pero esta vez todo eran esos cultismos medio incomprensibles. Entonces todo el mundo reventaba de risa, y la cantina se llenaba de un ambiente de alegría.

En esas ocasiones, yo podía sumarme a la risa general; el patrón no pensaba reprenderme. En efecto, cada vez que veía a Kong Yi-ji, el patrón le hacía preguntas de ese tipo, para hacer reír a la gente. El mismo Kong Yi-ji sabía que no podía conversar con ellos, de modo que sólo le quedaba hablar a los niños. Una vez me preguntó:

—¿Has estudiado?

Asentí brevemente con la cabeza, y me dijo:

—Conque has estudiado... Te voy a examinar un poco. ¿Cómo se escribe "hinojo" en la frase "frijoles con hinojo"?

Pensé: Con esa facha de mendigo, ¿con qué derecho me va a examinar? Entonces di vuelta la cara, sin hacerle más caso.

Kong Yi-ji esperó un rato largo, y dijo de muy buena fe:

—¿No puedes escribirlo? Te lo voy a enseñar. ¡Recuérdalo! Estos signos tienes que recordarlos. Más adelante, cuando seas patrón, los vas a usar para anotar las cuentas.

Pensé para mis adentros que había mucha distancia entre un patrón y yo, y además nuestro patrón nunca anotaba "frijoles con hinojo" en sus cuentas. Medio riéndome y medio fastidiado, le contesté de mala gana:

—¿Quién te pidió que me enseñes? ¿Acaso no es el signo *hui* de "volver" abajo de la clave de "hierba"?[9]

Kong Yi-ji parecía muy contento, y asintiendo con la cabeza mientras tamborileaba sobre el mostrador con dos dedos de largas uñas, dijo:

—Correcto, correcto... Pero el signo de "volver" tiene cuatro formas de escribirse, ¿sabes?

No pude soportar más y me alejé haciendo una mueca. Kong Yi-ji, que acababa de hundir un dedo en el vino y se disponía a escribir en el mostrador, al ver

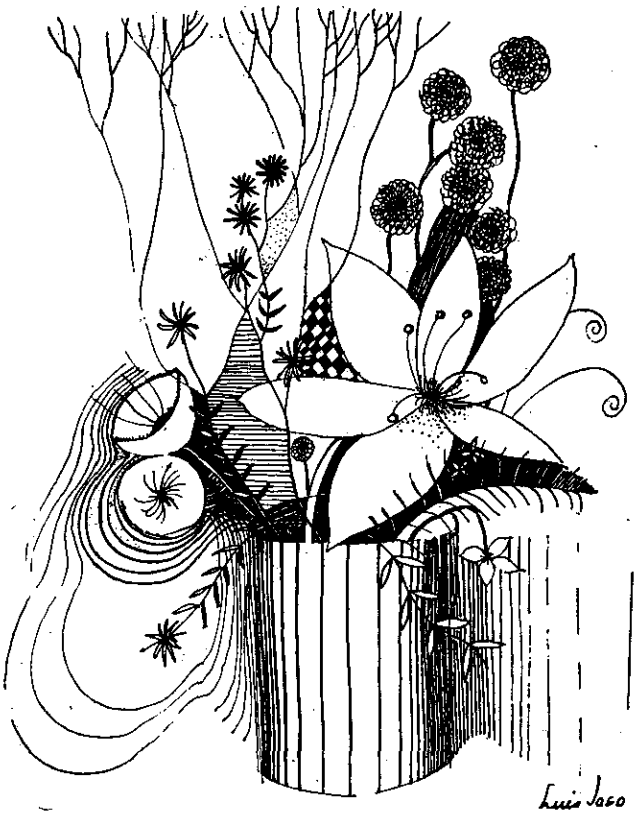
[5] "El hombre superior soporta las privaciones" es una frase muy conocida de las *Analectas* de Confucio. *Zhe*, *hu*, etc., son partículas características del chino clásico.

[6] En la antigua China, la única profesión que ambicionaban los letrados era la carrera de funcionario, para ingresar a la cual había que ser admitido mediante exámenes oficiales.

[7] En los pequeños comercios chinos, se suele colgar a la vista una pizarra para anotar el nombre de los clientes morosos, con la fecha y suma de su deuda.

[8] *Xiu-cai*, que significa *hombre dotado*, era el título obtenido al pasar la primera serie de exámenes oficiales (a nivel local).

[9] El signo *hui* = hinojo está compuesto por el radical *cao* = clave semántica de hierba y el elemento fonético *hui* = volver.



que yo no mostraba ni pizca de entusiasmo, suspiró con ánimo disgustado.

Varias veces, al oír las risas, los niños vecinos venían a ver el alboroto y rodeaban a Kong Yi-ji. Entonces él les daba a comer frijoles con hinojo, uno a cada uno. Después de comérselos, los niños todavía no se apartaban, con los ojos fijos en el plato. Kong Yi-ji comenzaba a impacientarse, extendía sus cinco dedos para cubrir el plato, y se encorvaba diciendo:

—Ya no hay muchos, ya no hay muchos.

Enderezándose, echaba otra ojeada a los frijoles, y decía confirmando con sus movimientos de cabeza:

—No hay muchos, no hay muchos. ¿Muchos? No, no hay muchos.

La bandada de chiquillos se alejaba entre risas. De este modo, Kong Yi-ji hacía divertir a la gente, pero la gente podía pasárselo sin él.

Un día, probablemente dos o tres antes del festival de mitad de otoño,[10] el patrón estaba haciendo lentamente sus cuentas.[11] Descolgó la pizarra y de pronto exclamó:

—¡Hace tiempo que no viene Kong Yi-ji, y está debiendo diecinueve centavos!

Sólo entonces me di cuenta de que en realidad hacía mucho que no venía. Un cliente dijo:

—¿Cómo va a poder venir? Le han roto las piernas a golpes.

El patrón exclamó: —¡Hm!

—Como siempre, volvió a robar. Esta vez se perdió solo, fue a robar nada menos que a la casa del licenciado[12] Ding. ¿Cómo podía robarle a esa gente?

—¿Y qué pasó después?

—¿Qué pasó? Primero tuvo que firmar su confesión, después lo golpearon, hasta medianoche lo golpearon, y le quebraron las piernas.

—¿Y después?

—¿Después? Bueno, tiene las piernas rotas.

—¿Cómo hace con las piernas rotas?

—¿Cómo hace? ... ¿Quién sabe? A lo mejor se ha muerto.

El patrón no preguntó más, y siguió haciendo lentamente sus cuentas.

Después del festival de mitad de otoño, el viento se fue poniendo cada día más fresco; ya se veía venir el invierno. Me pasaba todo el día junto al fuego, y todavía tenía que ponerme un abrigo forrado. Una tarde que no había un solo cliente, yo estaba sentado y no bien había cerrado los ojos, de repente oí una voz:

—Caliéntame un tazón de vino.

Aunque la voz era muy baja, me resultaba familiar. Miré a mi alrededor y no había nadie. Me levanté para echar una mirada afuera. Ahí estaba Kong Yi-ji sentado ante el umbral, al pie del mostrador. Con la cara negra y demacrada, ya no parecía de este mundo. Traía una casaca raída y las piernas cruzadas sobre una estera de junco colgada de sus hombros con una cuerda de paja. Al verme, repitió:

—Caliéntame un tazón de vino.

El patrón también estiró la cabeza, diciendo:

—¿Kong Yi-ji? ¡Todavía me debes diecinueve centavos!

Alzando la cabeza con aire abatido, Kong Yi-ji le contestó:

—Este ... Te lo pagaré la próxima vez. Esta vez es al contado, quiero vino bueno.

El patrón, como de costumbre, le dijo riéndose:

—Kong Yi-ji, ¡has vuelto a robar algo!

Pero esta vez, sin defenderse en absoluto, dijo solamente:

—¡No se burlen!

—¿Burlarnos? Si no has robado, ¿cómo tienes las piernas quebradas?

Kong Yi-ji contestó en voz baja:

—Me caí y me las rompí, me caí ... me caí ...

Su mirada parecía rogar al patrón que no lo mencionara más. En ese momento ya se habían reunido unas cuantas personas, que se echaron a reír con el patrón. Calenté el vino, se lo llevé afuera, y lo puse sobre el umbral. Del bolsillo de sus harapos sacó cuatro centavos y los puso en mi mano. Al ver sus manos llenas de lodo me di cuenta de que con ellas se arrastraba. Al ratito, acabó de beber su vino, y en medio de las risas de los demás, se fue lentamente, sentado, apoyándose sobre sus manos.

A partir de entonces, pasó otra vez mucho tiempo sin que se viera a Kong Yi-ji. A fin de año, el patrón descolgó la pizarra y dijo: —¡Kong Yi-ji todavía debe diecinueve centavos! Para la fiesta de los botes de dragones[13] del año siguiente, repitió: —¡Kong Yi-ji todavía debe diecinueve centavos! —Pero para la fiesta de mitad de otoño no dijo nada. Llegó otra vez año nuevo, y no lo habíamos vuelto a ver.

Hasta ahora no lo he vuelto a ver ... Quizá realmente Kong Yi-ji haya muerto.

[Traducción de Ma Sen y Miguel Olivera Giménez de El Colegio de México]

[10] La fiesta de mitad de otoño, celebrada el día quince del octavo mes del calendario lunar, es uno de los festivales más importantes del año.

[11] Los comercios chinos tienen la costumbre de liquidar las cuentas de sus clientes antes de cada fiesta importante.

[12] *Ju-ren* (en el original), que significa *hombre elegido*, era el título que se obtenía al pasar la segunda serie de exámenes oficiales (a nivel provincial).

[13] La fiesta de los botes de dragones (*Duan-wu*, en el original), que se celebra el quinto día del quinto mes del calendario lunar, es un festival en memoria del gran poeta Qu Yuan (siglo IV a.C.).

Kobo Abe

La mujer de arena

Trató de pensar en algo diferente. Al cerrar los ojos, numerosas líneas, corriendo como suspiros, se acercaron flotando hacia él. Eran las pequeñas olas de arena que se movían sobre las dunas. Quizá ellas le habían quemado la retina, después de una contemplación fija de casi doce horas. Eran las mismas corrientes de arena que habían devorado y destruido ciudades florecientes y grandes imperios. Si mal no recordaba, había existido la llamada "sabulación" del imperio romano... Y una aldea cuyo nombre se le escapaba pero sobre la que escribió Omar Kayyam, con sus sastres y carniceros, sus bazares, y sobre todo sus carreteras entrecruzadas como hilos de una red, las que por el cambio de rumbo de cualquiera de ellas originaban luchas y pleitos burocráticos que duraban años enteros... Las ciudades de la antigüedad, consideradas sin duda incólumes... Pero finalmente, tampoco ellas habían resistido la ley de la fluida arena de 1/8 mm. de diámetro...

Arena...

Desde el punto de vista de la arena, las cosas con formas son vacías. Lo único verdadero es la corriente de arena que niega la existencia de todas las formas. Sin embargo, del otro lado de la delgada pared de madera, la mujer continuaba paleando incansable. ¿Qué esperaba hacer esa mujer con sus débiles brazos? Era como el intento inútil de construir una casa en el mar vaciando el agua a un lado. Lo que corresponde hacer en esos casos es poner a flotar un barco correspondiente a la naturaleza del agua.

Este pensamiento lo liberó súbitamente del compulsivo sentimiento de opresión que extrañamente ejerciera sobre él el ruido de la mujer, su pala y la arena. Si un barco flotaba en el agua, podría igualmente flotar en la arena. Si esta gente superara el concepto de la casa inmóvil, no tendría que gastar tantas energías luchando contra la arena. Un barco libre, una casa móvil que flotara sostenida por la arena... Se formarían pueblos y ciudades sin contornos...

Naturalmente no es un elemento líquido, por lo tanto no hay razón para esperar que las cosas floten en ella. Por ejemplo, si a una cosa con gravedad específica menor que la arena, como sería un corcho, se la deja sobre la arena, se hunde. Un barco que flotara en la arena debería tener cualidades muy diferentes. Podría ser, por ejemplo, una casa en forma de barril que pudiera girar sobre sí misma... Dotada de un movimiento perpetuo, despediría la arena que hubiese caído dentro, y volver enseguida a la superficie... Claro está, la gente no podría soportar la inestabilidad de una casa que girara constantemente... Habría que buscar el modo de que resultara un barril doble sujeto a un solo eje, para que el fondo del barril interno mantuviera un punto de gravedad fijo. Ese barril interno permanecería inmóvil; mientras el de afuera se moviera... La casa que oscilaría como el péndulo de un gran reloj... Como una cuna... Una barca del desierto...

Aldeas y ciudades en perpetuo movimiento, formadas por conjunto de barcos como ése...

Sin darse cuenta, se quedó dormido.

El canto de un gallo, sonando a crujido de columpio herrumbrado, lo despertó. Fue un despertar inquieto, doloroso. Tuvo la sensación de que era apenas el alba, pero su reloj indicaba ya las once y dieciséis: los rayos del sol tenían el color del mediodía. La semioscuridad en que se hallaba la casa se debía seguramente a que el sol no tocaba aún la profundidad del pozo.

Se levantó aprisa. La arena que se había depositado en su cara, en su cabeza, en su pecho, cayó con un susurro. Alrededor de los labios y la nariz, se había formado una costra endurecida por la transpiración. Se la quitó con el dorso de la mano y parpadeó con cautela. De sus párpados afiebrados, llenos de arena, las lágrimas se volcaron sin control. Pero no fueron suficientes para lavar los granos alojados en los rincones húmedos de sus ojos.

Fue hacia la tinaja en busca de agua. En eso oyó la respiración de la mujer que dormía al otro lado del fogón hundido, y la miró. Contuvo el aliento, olvidado por completo de sus párpados doloridos.

Estaba completamente desnuda.

Ante su visión nublada por las lágrimas, ella parecía flotar como una sombra difusa. Estaba tendida boca arriba sobre la estera, y exceptuando la cabeza, tenía todo el cuerpo descubierto; su mano izquierda descansaba levemente más abajo del vientre suave y tenso. Las partes que usualmente se cubren estaban desnudas,

mientras que la cara, que todo el mundo muestra, se ocultaba bajo una toalla. Obviamente ésta le protegía los ojos, la nariz y la boca de la arena, pero el contraste no hacía sino acentuar su desnudez.

Una capa de fina arena cubría todo su cuerpo, suavizando los detalles y enfatizando las formas femeninas: era como una estatua dorada forjada en arena. Súbitamente sintió una saliva viciada agolparse bajo su lengua, pero no la pudo tragar. La arena que se había introducido entre los labios y dientes invadía toda su boca absorbiendo la secreción. Escupió sobre el piso de tierra. Pero por mucho que insistiera, no lograría librarse de ese sabor terroso. A pesar de tener su boca reseca por completo, la arena seguía allí. La sentía como si brotara incesantemente de entre sus dientes.

Por suerte, la tinaja había sido llenada hasta el borde con agua fresca. Cuando pudo enjuagar su boca y lavarse la cara, se sintió renacer. Nunca antes había tomado tan profunda conciencia de la maravilla del agua. Siendo, como la arena, una sustancia inorgánica, una simple y transparente sustancia inorgánica, se adaptaba al cuerpo con más rápidez que cualquier materia viviente... Mientras dejaba que el agua se escurriera lentamente por su garganta, imaginó animales que se alimentan de piedras...

Nuevamente se volvió a mirar a la mujer, y sin embargo, no sintió ninguna tentación de acercarse más. Una mujer cubierta de arena podía resultar visualmente atractiva, pero no inspiraba el deseo de tocarla.

A la luz del día, la exasperación y la excitación de la noche pasada parecían cosa de sueño. Sin duda, todo el asunto podía ser un buen tema de conversación. El hombre miró en torno una vez más, como tratando de grabarse lo que ya había pasado a ser recuerdo, y comenzó a prepararse con premura. Tenía la camisa y los pantalones llenos de arena, pero no había tiempo para preocuparse por esas cosas, ya que era más difícil sacudirse la arena que quitarse la caspa de la cabeza.

También sus zapatos estaban enterrados en la arena.

"¿Debería decir algo a la mujer antes de partir? Aunque también, despertarla significaría hacerle pasar un momento embarazoso. ¿Y cómo hacer para retribuir la amabilidad del hospedaje? Lo mejor será pasar por la cooperativa del pueblo y dejarle el dinero al viejo que lo había traído el día anterior."

Salió con sigilo.

El sol ardía como mercurio en el borde del arenoso acantilado y empezaba a calentar lentamente el fondo del pozo. Sorprendido, defendió los ojos de la intensa reverberación, pero al minuto siguiente ya lo había olvidado: simplemente examinaba la superficie de la pared de arena.

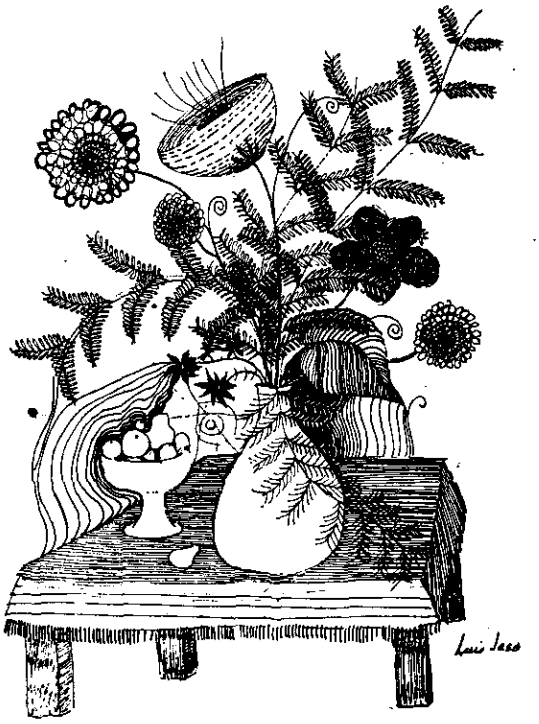
No podía creerlo. La escalera de cuerdas ya no estaba donde la había visto la noche anterior.

Los talegos, aunque medio enterrados en la arena, eran claramente visibles. No podía equivocarse respecto al lugar. ¿O es que la arena, por sí sola había tragado la escalera...? Más que correr, saltó hacia la pared, enterró sus brazos en la arena y la removió, tratando de hallarla. La arena se abrió sin oponer resistencia y se esparció. Sin embargo, no buscaba la aguja en el pajar; si no lo había logrado la primera vez, era inútil repetir el intento... Esforzándose en dominar la aprensión que empezaba a ganarlo, observó nuevamente, confundido, la abrupta cuesta de arena.

¿No habría algún lugar por dónde escalar? Sin dejar de mirar, caminó dos o tres veces alrededor de la casa. Si subía al techo, la distancia hasta el borde del pozo era más corta por el lado norte, que daba al mar, pero aun así quedaban unos diez metros, y lo que era más, la pared caía más abrupta en esa parte. Además, la compacta masa de arena colgando desde la cima se veía demasiado peligrosa.

La pared oeste, por el contrario, parecía ofrecer un suave declive y una superficie curvada como el interior de un cono. Un cálculo optimista permitía estimar una inclinación de cincuenta, o por lo menos cuarenta y cinco grados. Con todo cuidado ensayó el primer paso. Por cada uno que avanzaba, descendía la mitad. Pero aun así, creyó que lograría su propósito si ponía suficiente empeño en ello.

Las cosas ocurrieron según su cálculo, durante los primeros cinco o seis pasos. Luego, sus pies comenzaron a hundirse en la arena. Antes de poder saber si avanzaba o no, se encontró enterrado hasta las rodillas, perdida la movilidad de su cuerpo. Entonces intentó, desesperado, arrastrarse en sus cuatro extremidades. La arena ardiente le lastimaba las palmas. El sudor le empapaba todo el cuerpo, y ese sudor mezclado con la are



na le impedía abrir los ojos. Pronto se le acalambraron las piernas y ya no pudo moverse más.

Trató de descansar para tomar aliento, y creyendo haber recorrido un buen trecho, entreabrió los ojos, sólo para comprobar con asombro, que no había cubierto ni cinco metros. ¿Qué había conseguido con todo ese esfuerzo? No sólo le pareció, desde donde estaba, que la cuesta era más empinada que vista desde abajo, sino que, parecía mucho peor. Creyendo que estaba trepando, en realidad lo único que había hecho era derrochar energías para enterrarse en la arena. El borde que sobresalía, justo arriba de su cabeza, le impedía el paso.

Desesperado, trató de reiniciar la lucha y extendió sus brazos; pero en ese momento, desapareció la presión de la arena. Se sintió desprender y caer al fondo del pozo. Su hombro izquierdo sonó como si se hubiera quebrado en astillas, aunque no sintió ningún dolor. Por un instante la arena resbaló suavemente por la superficie del acantilado, como queriendo aliviar la herida que le había producido; luego se detuvo. A pesar de todo, el daño era insignificante.

Era demasiado prematuro alarmarse.

Conteniendo el deseo de gritar se aproximó lentamente a la casa. La mujer dormía aún, inmóvil. La llamó, suavemente al principio y luego en voz cada vez más alta. En lugar de contestar, ella se volvió sobre su costado, molesta.

La arena se escurrió de su cuerpo descubriendo la desnudez de sus brazos y sus hombros, el costado de su vientre y parte de sus caderas. Pero no podía prestar atención a ello. Se le acercó y quitó la toalla que le cubría la cabeza. Su cara apareció llena de manchas, y comparada con su cuerpo cubierto de arena, daba la impresión, por su crudeza, de algo horripilante. La extraña blancura de ese rostro a la luz de la lámpara la noche anterior, había sido sin duda obra de algún afeite. Ahora esa capa blanca se estaba desprendiendo, y creaba zonas que impresionaban como una carne sin rebozar; en verdad era posible que fuera harina de trigo.

Por fin la mujer entreabrió los ojos, deslumbrada por la luz del día. Tomándola por los hombros y sacudiéndola, el hombre barbotó de prisa, con voz implorante.

—¡Escuche, ya no está la escalera! Dígame, ¿por dónde se sale de aquí? ¿No comprende que es imposible salir de un lugar como éste sin una escalera?

Con gesto precipitado, la mujer recogió la toalla y con inesperada energía se golpeó con ella la cara dos o tres veces; luego, dándole la espalda, encogió el cuerpo y se quedó mirando el piso. ¿Un movimiento de vergüenza? No era el momento adecuado. Cuando el hombre empezó a gritar fue como si se hubiera roto un dique.

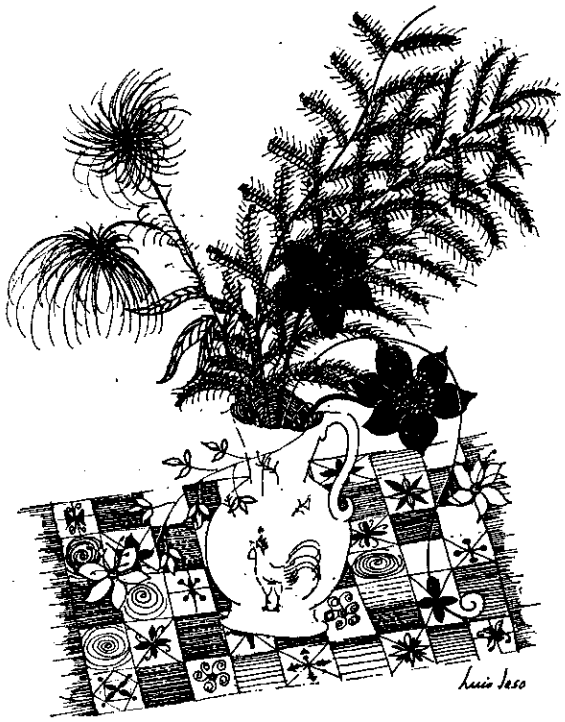
—¡No es momento para bromas! ¡Es imperioso que aparezca la escalera! ¡Tengo prisa! ¿Dónde diablos la escondió? Esto es el colmo. ¡Saque la escalera! ¡Pronto!

Pero ella no contestó. Permaneció en la misma postura, sacudiendo la cabeza de derecha a izquierda.

El hombre estaba tenso. Se le nubló la vista, casi no podía respirar. En el acto comprendió lo absurdo de su demanda. "Evidente, la escalera era de cuerdas, y una escalera de cuerdas no se sostiene sola... Aunque la obtuviera, no podría colocarla desde abajo. Eso significaba que la mujer no la había quitado, sino que alguno de los de allá arriba, en la carretera, se la había llevado..." Su cara sin afeitar, sucia de arena, se vio de repente miserable.

Debía entender, pues, que la actitud de la mujer y su silencio, tenían un sentido terrible e inesperado. Si bien se negaba a creerlo, en el fondo advertía que sus más grandes temores se volvían realidad. Esto no era otra cosa que la clara confirmación de que, después de todo, la escalera babía sido quitada con el consentimiento secreto de la mujer. No cabía duda acerca de su complicidad. Era evidente, su postura nada tenía que ver con una supuesta vergüenza; era la postura de un criminal, de una víctima expiatoria dispuesta a recibir cualquier clase de castigo. Y él había caído estúpidamente en una trampa, en un hormiguero. Arrastrado por el escarabajo a un desierto del que no podía escapar, igual que un ratón hambriento...

Se enderezó de un salto, corrió hasta la puerta y miró de nuevo hacia afuera. Se había levantado el viento. El sol caía casi a plomo dentro del pozo, y con un brillo de celuloide remontaban las olas de calor desde la arena



ardiente. Por encima de él, la pared de arena se alzaba más y más alta, como queriendo, indicar, con expresión omnisciente, lo absurdo de su resistencia con músculos y huesos. El aire caliente penetró su piel. La temperatura, de un golpe, empezó a elevarse.

Como enloquecido, el hombre comenzó a gritar. Lanzaba palabras absurdas, sin sentido, porque en realidad no sabía qué decir. Simplemente gritaba, con toda la fuerza de su voz. Tal vez lo hacía como quien quiere despertar de un mal sueño, esperando que éste se disculpara de su desatino y lo sacara del fondo del pozo. Pero su voz, no acostumbrada a gritar, sonaba pálida y frágil. Además, la arena absorbía sus palabras, el viento las barría y no había manera de saber hasta dónde llegaban.

De repente, lo interrumpió un estruendo. Tal como lo anticipara la mujer, el borde de arena sobre el lado norte, al perder su humedad, se desbarrancaba. Toda la casa pareció exhalar un espantoso chillido, como si la hubieran estrangulado; una sangre gris goteaba susurrante por la nueva grieta abierta en el tejado y la pared. El hombre se puso a temblar y su boca se llenó de saliva, como si todo su cuerpo hubiera sido aplastado...

Pero imposible que todo esto estuviera ocurriendo. Era una pesadilla demasiado fantástica. ¿Cómo era posible que un hombre con papeles de identificación, un empleo, que pagaba sus impuestos y que además tenía un certificado de seguro médico, se viera atrapado como un ratón o un insecto? No podía creerlo. Tal vez se trataba de un error; seguramente era un error. No cabía otra suposición.

"En primer lugar, de qué les sirve hacer todo esto. No soy un caballo o una vaca para que me fuercen a hacer este trabajo contra mi voluntad. Y si no les sirvo trabajando, no tiene sentido este encierro. Por otra parte, eso implica que la mujer tiene que hacerse cargo de mí."

Aun así no estaba completamente seguro, no sabía por qué... Ante las paredes de arena que lo rodeaban como para estrangularlo, volvía el recuerdo miserable de su fracaso al querer treparla. No cabía otra cosa que dar tumbos, manotazos. Una sensación de impotencia lo iba paralizando... Esto era un mundo aparte, carcomido por la arena, en donde no contaban las convenciones cotidianas... En tren de desconfiar, había muchas cosas de qué sospechar... Por ejemplo, si bien era cierto que la lata de querosene y la pala le habían sido especialmente asignadas, era igualmente cierto que habían quitado la escalera sin que él lo supiera; y más aún, el hecho de que la mujer no diera una sola explicación, y aceptara todo con esa extraña sumisión de víctima expiatoria, ¿no revelaba acaso lo peligroso de la situación? Pensándolo bien, las respuestas de la mujer la noche pasada, como insinuando que su estadía sería larga, tampoco significaría que sólo hubiese hablado por hablar.

En ese momento se produjo otra pequeña avalancha.

Regresó a la casa inquieto. Se dirigió directamente a la mujer, que había permanecido encogida; en un impulso levantó amenazante la mano derecha. Un sentimiento de pudor y de impotencia temblaba en el fondo de sus ojos. Su mano, como si quedara vacía, se detuvo en mitad del gesto y cayó. Tal vez se hubiera sentido mejor de poder golpear a la mujer desnuda. ¿Pero no era esa exactamente la actitud que se esperaba de él? Esa reacción era lo que ella esperaba. En última instancia, el castigo implica reconocimiento del pago de un crimen.

Volvió la espalda a la mujer, se sentó en el declive del montículo del piso y escondió la cabeza entre sus manos. Sin levantar la voz, empezó a gemir. Quiso tragar la saliva que se había juntado en su boca, pero se le prendió a la garganta y quedó atascada. La mucosa de su garganta se había vuelto hipersensible al gusto y al olor de la arena; nunca se acostumbraría a ellos. Su saliva se había convertido en una espuma marrón oscura que empezaba a filtrarse por los costados de la boca. Aumentó la aspereza de la arena cuando terminó de escupir. Trató de expulsarla pasando la punta de la lengua por el interior de la boca y escupiendo, pero aquello era interminable. Su boca estaba seca y le ardía como si estuviera inflamada.

"Es inútil, nada puedo hacer. De todas maneras hablaré con la mujer y trataré de obtener una explicación más precisa. Una vez aclarada la situación, se podrá pensar en qué medidas tomar. Es imposible que no puedan tomarse medidas. Es imposible que todo sea tan descabellado... ¿Pero qué haré si ella se niega a contestar...? Esa sería sin duda la más fatal de las respuestas. Y puede ser la más probable. ¡El terco silencio de esta mujer! Esa forma de presentarse como víctima indefensa, sobre sus rodillas recogidas..."

El espectáculo de la espalda desnuda de la mujer era indecente y animal. Tuvo la impresión de que podía voltear a la mujer tomándola de la matriz. Pero no había terminado de cruzarle por la cabeza la idea cuando sintió una vergüenza que le hizo contener la respiración. Era como verse parado sobre las nalgas salpicadas de arena de la mujer, convertido en un torturador. Sí, eso ocurriría en un momento dado... Y para cuando ese día llegara, habría perdido el derecho de reclamar...

De repente, un dolor agudo le atenaceó el vientre. Su vejiga, colmada a punto de estallar, sonaba hasta el fondo de sus oídos.

[Traducción del japonés de Kazuya Sakai]

Josefina
Vázquez de Knauth

Nacionalismo y enseñanza de la historia

En todos los países de los que hemos tenido información, la enseñanza de la historia, espontánea o intencionalmente, ha constituido el instrumento del cual se ha servido el Estado para estimular el sentimiento nacional que le asegura la lealtad de sus ciudadanos. En México, desde los primeros momentos de la vida nacional, políticos y pensadores intuyeron la necesidad de "imbuir" en los jóvenes, ciertas "ideas... desde los primeros pasos que dan por la senda de la vida" para que tuvieran permanencia. Se veía como única forma de trasladar los sentimientos de lealtad que hasta entonces se centraban en el Rey y el Imperio, hacia la nueva Patria. Aunque el empeño se parecía al que se había producido en Europa —especialmente en la Francia revolucionaria— y en los Estados Unidos, el movimiento mexicano tenía características muy propias. En Europa la formación de las naciones fue un proceso lento y largo que precedió a la constitución de la nación-estado (fenómeno que a veces fue temprano como en Inglaterra, y otras veces tardío como el caso de Italia y Alemania).

En México y en toda Hispanoamérica, el Estado precedió a la nación. Quizá si la independencia se hubiera retardado, los lazos de unión derivados de la experiencia histórica se hubieran fortalecido y se hubieran impuesto sobre la orografía y la variada base indígena. Claro que existían, aunque en forma poco definida, sentimientos y expresiones que tendían a unificar y en la clase superior, incluso una conciencia de identidad frente a los españoles, fuerza que fue la que patrocinó los movimientos independentistas. Dentro de este grupo iba a cobrar fuerza la idea de extender esos sentimientos al resto de la población, según Mora, con la "inculcación de los deberes sociales... mediante pláticas acerca de la patria, de los deberes civiles, de los principios de la justicia y de la historia". Los constantes disturbios con que se estrenó la República, impidieron poner en práctica estas ideas, pero los incidentes y guerras internacionales iban a estimular la transformación de los sentimientos nacionales en conciencia nacional, sobre todo la invasión norteamericana. Es por esto que en la década que sigue a la invasión, no sólo se adopta el himno "nacional", sino que aparece el primer librito de historia patria y después del triunfo de la revolución de Ayutla, los decretos que harían obligatorio el estudio de la historia en el nivel medio.

Pero la etapa de luchas aún no había pasado. Primero se luchó por decidir la supremacía entre liberales y conservadores; después, había que enfrentar una nueva invasión extranjera patrocinada por el partido perdedor. Pero estas calamidades iban a resultar en cierta medida positivas. Por un lado, el programa liberal del Imperio allanaría el camino a los liberales, siendo desde entonces la república característica inseparable de la imagen de México. Por el otro, se afianzaría la conciencia nacional despertada con el desastre del 47. Los liberales de la restauración, que habían tenido que combatir la testarudez conservadora, se daban cuenta de que la libertad tenía que ser condicionada en México, hasta que la educación cambiara la tradición. Por ello se empeñaron tanto en extender la educación y en hacerla laica.

La enseñanza de la historia empezó de hecho a efectuarse en aquel tiempo y reflejaba la existencia de dos interpretaciones de la historia de México, una hilvanada desde el punto de vista de los vencedores, otra desde el de los vencidos. Los textos se fueron multiplicando y cada uno de los grupos fue acuñando sus héroes. Los conservadores, a través de su defensa de la Iglesia y de la religión se sentían ligados a la tradición española y consideraban positivamente la conquista y la colonia. Los liberales que trataban de modernizar al país y eliminar las instituciones derivadas de esos hechos, las rechazaban. De todas maneras, antes del texto de Sierra (1894) todos los libros de texto centraban su atención en la conquista, la colonia y la independencia, ocupando los dos primeros eventos, la parte más extensa de los libros como generadores de la nacionalidad. Ello no obstaba para que los liberales insistieran en adentrarse en esos periodos para observar el desarrollo de las instituciones que atacaban. Los ataques a la herencia española eran violentos, como puede verse en la *Polémica entre el Diario Oficial y la Colonia Española sobre la administración virreynal en la Nueva España* (1875), suscitada con motivo de la ley de colonización.

La década de los ochenta, vio florecer la dedicación a la historia patria. Aparecieron no sólo las dos obras

monumentales *México a través de los siglos* y el *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, sino también los textos de la historia de Pérez Verdía y Prieto que legarían muchas de las interpretaciones que se convertirían en clásicas más tarde. El *México a través de los siglos* significaba el intento de rescatar el pasado entero de México, pero en donde ya se daba mayor importancia a la historia nacional al dedicarle tres volúmenes. La herencia española se salvaba en la reina Isabel, que si bien no pudo "oponerse a la terrible evolución que arrojaba al antiguo, sobre el nuevo continente en una guerra de conquista, pudo ... apartar a los conquistados del azote de la esclavitud". Los grandes héroes eran ya Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos y Juárez, pero todavía no se rechazaba —como en el libro de Prieto— a Cortés y a Iturbide.

Ante ese fervor patrio no era extraño que los encargados de la educación sintieran la necesidad de intentar la uniformidad de la educación de todo el país. El primer Congreso Nacional de Instrucción que se llevó a cabo entre 1889 y 1891 centró su preocupación en la necesidad de "*uniformar* en toda la república la enseñanza primaria, caracterizándola como elemento nacional de fuerza de paz y progreso". Se decidió que la historia era materia fundamental para la formación del carácter nacional y por tanto se prescribió cómo debía enseñarse. Los resultados del Congreso fueron inmediatos, una nueva ley de educación primaria para el Distrito y territorios (obligatoria entre los seis y los catorce años, gratuita y laica en las escuelas oficiales) que fue enviada a todos los gobernadores, con una circular que se refería a la importancia de que los estados siguieran el ejemplo. Aparecieron también los libros del presidente y vicepresidente del Congreso sobre la enseñanza de la historia: la *Guía metodológica sobre la enseñanza de la historia* de Rébsamen (1891) y los *Elementos de historia patria* de Sierra (1894). Rébsamen se preocupaba por "conseguir la unidad nacional por el convencimiento de que todos los mexicanos forman una gran familia". Sierra lograba escribir el primer texto que aceptaba el pasado en forma total, como un proceso evolutivo en que el país marchaba hacia el progreso. Con el objeto de cancelar la polémica, Cortés-Cuauhtémoc, centraba el nacimiento del país en la figura de Hidalgo, porque "de un acto de su voluntad, nació nuestra patria", con lo que la etapa nacional resultaba la más importante de estudio. La azarosa vida de la república, la consideraba un proceso de "males necesarios" y tomaba con entusiasmo partido por los liberales, pero sin vituperar a los conservadores. El libro todo estaba escrito para estimular "la religión de la patria", tema del que estuvieron impregnados los libros de las dos décadas que precedieron a la revolución.

Los textos de la primera década del siglo XX siguieron la pauta marcada por Sierra, aunque con menos maestría y cayendo en la tentación de loar al Dictador, al cumplir con la parte del programa que cubría el régimen de Díaz. Todos enfocaban interés en tres acontecimientos: Conquista, Independencia y Reforma y se hicieron eco de los esfuerzos para formar buenos ciudadanos, trabajadores, honrados, disciplinados, conscientes de sus deberes, dispuestos a "morir por la patria", cuando fuera necesario.

Sierra había logrado inaugurar una Secretaría encargada de la educación y de reabrir la Universidad. Con el apoyo del viejo Díaz y la ayuda de ese increíble grupo de pedagogos con que el país contaba entonces, había logrado convertir a la educación en el problema fundamental a superar, para lograr el progreso. La Revolución interrumpió el paso mesurado y confiado que la república había adoptado. Parte del mensaje de los educadores había sido recibido por el pueblo que se lanzaba a la lucha para hacerlo realidad. El nacionalismo inyectado sistemáticamente desde 1891, exigía ahora que los intereses mexicanos prevalecieran sobre los hasta entonces privilegiados intereses extranjeros. Reaparecieron viejas controversias sobre la nacionalidad y las maneras de fortalecerla; las voces se atropellaban ante la convicción de que la Revolución era la oportunidad de rehacer México. Por ello, a pesar de que el constitucionalismo quería mantener en su esencia la Constitución de 1857, se impuso el grupo que abogaba por la renovación, pero no a base de modelos extranjeros, sino partiendo de nuestra propia experiencia y enmendando nuestros propios errores.

La obra constructiva en la educación se inició con el Vasconcelos rector de la Universidad, que antes que nada le daba un soplo de entusiasmo y populismo. Todo mexicano debía contribuir en la tarea magna de ayudar a salir de su postración a todo aquél que no supiera leer. Se daba cuenta de que había que establecer una Secretaría de Educación, pero no como la de Sierra que había sido suprimida, cuya acción se reducía a la capital y a los territorios, era necesario que su acción llegara a todo el país, que planeara a nivel nacional.

Los libros de texto no planteaban un cambio, muchos seguían siendo los mismos y la edición masiva oficial del texto de Sierra en 1922, probaba que se pretendía seguir la interpretación conciliadora de la historia de México. Pero la Revolución había afectado nuevamente los intereses del clero y, en su esfuerzo por resolver algunos problemas sociales, también los de las clases terratenientes. La educación laica obligatoria molestaba a los católicos en general, por eso no es de extrañar que fueran los conservadores los primeros en escribir textos que reflejaban sus resentimientos. Pronto aparecieron también otros que mezclaban el indigenismo con las ideas de reivindicación social. A pesar de esfuerzos aislados, como el de Santibáñez, que llamaba a la imparcialidad, la separación de las dos interpretaciones se fue ahondando, en especial al provocarse los problemas entre la Iglesia y el

Estado, después de 1926. Para los años treinta aparecerían los intransigentes textos conservadores, cuyo *Méjico* no tenía relaciones con aquellas pobres culturas indígenas que encontraron los españoles, y cuyos héroes serían Cortés, Iturbide y Miramón. Los libros oficiales se radicalizarían también y no sólo se defendería a Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos, Juárez y Madero, sino que vituperarían a menudo a los héroes de los conservadores.

En la lucha, la corriente anticlerical se fue extremando de manera que para 1933 la delegación veracruzana del partido oficial, solicitaba que el artículo tercero se reformara para exigir la enseñanza antirreligiosa. La Convención del P.N.R. al formular el Plan Sexenal se vio presionada por los grupos que pedían educación "racionalista" y los que pedían una educación "antirreligiosa" y seguramente tratando de parecer revolucionarios, no provocadores, se decidieron por el calificativo de "socialista". El nuevo artículo tercero no dejaba de estar inspirado, a través de Calles, en el nacionalsocialismo alemán, pero sus sostenedores, aunque lo entendieron en otros términos, fueron incapaces de definir claramente lo que significaba "educación socialista". De todas maneras se pusieron en marcha las reformas de los programas de enseñanza y la publicación de textos. Los programas llegaban a extremos risibles, el fantasma del imperialismo aparecía prácticamente hasta detrás del estudio de las células o de las lenguas extranjeras. Los textos padecieron también de otros excesos, en general se mantuvieron de acuerdo a un indigenismo extremado, con alusiones constantes al desarrollo económico social de México. Ocasionalmente resultaron textos de calidad, escritos por historiadores marxistas, como en el caso de Teja Zabre, pero en manos de pobres autores que atrevidamente probaron suerte, la propaganda política se impuso incluso sobre las interpretaciones patrióticas tradicionales.

En esta época los libros empezaron a destacar el lado negativo de las Leyes de Reforma y a subrayar los ideales de Zapata y, en forma tímida aún, los de Carranza.

Al mismo tiempo que en forma apresurada se escribían y publicaban los textos que respondieran a la reforma constitucional, los intelectuales que habían participado en el entusiasmo de la Revolución, se habían replegado. Sus libros reflejaban un pesimismo contagioso, como el de *El perfil del hombre y la cultura en México* de Ramos y la *Breve historia de México* de Vasconcelos. El primero iba a originar una preocupación general por el complejo de inferioridad que descubría en el mexicano. La reinterpretación incisiva de Vasconcelos iba a proporcionar nuevos argumentos a los conservadores para atacar las interpretaciones oficiales.

Diversos acontecimientos iban a conducir por un nuevo camino la política educativa. En primer lugar los programas socialistas no funcionaban; en segundo, tanto la expropiación petrolera como la guerra mundial, requerían reforzar la unidad nacional a costa de las diferencias políticas, que ya sonaban algo huecas. Antes de terminar el periodo cardenista se notaba un cambio total en el ambiente educativo que había de culminar al final del régimen de Ávila Camacho, con la reforma del artículo tercero.

Los libros de la década de los cuarenta expresan nuevas preocupaciones. En primer lugar, estaba la propaganda panamericanista y de unidad nacional, inspirada por el peligro de la guerra; enseguida, la preocupación por combatir el complejo descubierto por Ramos, que según muchos era resultado de la forma ahistórica con que los mexicanos se enfrentaban a su pasado, como indigenistas o como hispanistas. Afortunadamente, tanto por la reacción que tenían que provocar los libros extremistas, como la casualidad, habían de contribuir a cobrar conciencia de lo ridículo de la situación. El encuentro de los restos de Cortés y el hallazgo de Ichcateopan hicieron las veces de catarsis, de modo que en la década de los cincuenta se empezaría a intentar de enfrentar el pasado como pasado, aceptándole como tal y tratando de derivar las enseñanzas que proporcionaba. No dejaron de presentarse aisladamente, interpretaciones extremistas en los libros de texto, pero fueron la excepción. Era difícil superar prejuicios heredados y venerar un mismo grupo de héroes. En realidad más que acuerdo, se logró la desaparición de los ataques innecesarios. Los libros oficiales mejoraban la posición de Cortés y de Iturbide; los conservadores, como en su mayoría lo venían haciendo, aceptaban a Cuauhtémoc, Hidalgo y Morelos, pero la Reforma era gran dilema, porque los problemas enfrentados entonces, parecían proyectarse en el presente. Los textos trataron sólo de disminuir los juicios y de dejar en la penumbra la personalidad de Juárez a costa de la comprensión de esa etapa. La Revolución contaba, por fortuna, con una figura que casi todos aceptaban, Madero.

En 1959 se promulgó el decreto que dio lugar al libro de texto gratuito y obligatorio. Cuando los primeros libros de historia aparecieron, la enseñanza de la historia había recorrido un largo trayecto. Primero se le había considerado como el instrumento fundamental que ayudaría a hacer del hombre común, un ciudadano; más tarde (1889-91) se le había dado el carácter de base fundamental para la integración de México como nación. El texto gratuito y obligatorio tenía que cumplir las dos tareas, servir de vehículo unificador y desarrollar las mejores virtudes de los mexicanos de manera de hacerlos mejores ciudadanos. El país contaba con un precepto legal que permitía exigir que todos los niños mexicanos estuvieran expuestos, durante su educación básica, a una sola "verdad" acerca de México.

Alejandra Pizarnik

Siete poemas

LA OSCURA

¿Y por qué hablaba como si el silencio fuera un muro y las palabras colores destinados a cubrirlo? ¿Y quién dijo que se alimenta de música y no puede llorar?

LOS DE LO OCULTO

El lenguaje silencioso engendra fuego. El silencio se propaga, el silencio es fuego.

Era preciso decir acerca del agua o, en caso de temor invencible, simplemente apenas nombrarla, de modo de atraerse la palabra *agua* para que apague las llamas de silencio.

Porque no cantó, su sombra canta. Donde una vez sus ojos hechizaron mi infancia, el silencio al rojo rueda como un sol.

En el corazón de la palabra lo alcanzaron; y yo no puedo narrar el espacio ausente y azul creado por sus ojos.

L'OBSCURITÉ DES EAUX

Escucho resonar el agua que cae en mi sueño. Las palabras caen como el agua yo caigo. Dibujo en mis ojos la forma de mis ojos, nado en mis aguas, me digo mis silencios. Toda la noche espero que mi lenguaje visceral logre configurarme. Y pienso en el viento que viene a mí, permanece en mí. Toda la noche he caminado bajo la lluvia desconocida. A mí me han dado un silencio pleno de formas y visiones (dices). Y corres desolada como el único pájaro en el viento.

POEMA

Para que las palabras no basten es preciso alguna muerte en el corazón.

La luz del lenguaje me cubre como a una música, imagen mordida por los perros del desconsuelo, y el invierno sube por mí como la enamorada del muro.

Cuando espero dejar de esperar, sucede tu caída dentro de mí. Ya no soy más que un adentro.

EN LA OSCURIDAD ABIERTA

Si la más pequeña muerte exige una canción debo cantar a las que fueron lilas que por acompañarme en mi luz negra silenciaron sus fuegos cuando una sombra configurada por mi lamento se refugió entre sus sombras.

EL SENTIDO DEL ENCUENTRO

Invitada a ir nada más que hasta el fondo, al lugar secreto que me imanta.

Y he querido abrir el templo del lenguaje: yo intenté hacer reales la bondad, la inocencia del poema.

Pido me sea borrada la memoria de las presencias que amé a fin de ingresar en la maravillosa, unánime bruma.

RELACIÓN

Y que un mundo sepultado sea desenterrado por el lenguaje. Las palabras ocultas en mi arrastrarme por debajo de mis días. Y yo sé a dónde va mi pensamiento, la nostalgia del lugar del crimen y los esfuerzos por remontarse en contra de la propia corriente. Se es el propio mar furioso, se boga en sí entre las olas encrespadas y no existe el universo.

Jorge Aguilar Mora

El alquimista

A Sergio Fernández

Fue así en el fondo. Así de imposible o como un juego de cristales azogados, yo con el mío de fistol, el otro en su pecho —puntual en el colmo del siniestro: lucha de dos espejos por engañarse mutuamente, comprados tal vez en Hamburgo Street con rostros naif en el reverso o rótulos mutiladas de joroba, o en Hamburgo no, por qué, sino en La Lagunilla[1] algún domingo— today is sunday. Y los dos con rúbricas pajareras de bronce viejo —gemelos, rescatados de un olvido intencional que vale 75 pesos—; así de imposible, de inusitado por su trayectoria casi petrificada, así de imposible como la piedra: Pedro eres; así de estípite —según como se vea— se va enterrando hasta puñal, sobre la inquietud del agua de la fuente de Bartolomé de las Casas —a las once en punto esperándola ya me anda por ir al baño. Eso fue todo: contradicción de principio a fin, cantera y líquido, ella y yo, o yo-ella y ella-yo . . . de imposible . . . tanto, que me ha costado un esfuerzo que *es imposible* que no sea cierto, igual al fantasma más ensimismado, más arraigado en su convicción de inexistencia; el viejo fantasma de la casa aquella en la que viví de chico, con sus pómulos cerrados, mucho más que la puerta del comedor, que el comedor de la bodega, que la bodega donde estaba el viejo fantasma —él, parecido al guardián de Guatemala en el museo— con su sonrisa anfitriona de mi curiosidad, símbolo del dinero —oro, según me dijeron después— que al demoler la casa encontraron, en el preciso lugar fantasma de mis apariciones: el mismo diablo, decía yo cuando me lo contaron, el mismo diablo que por efecto salmódico es Dios tentando la fidelidad de mí.

Así de imposible, digo yo, su gesto para descubrirse en mis ojos, viendo quizás que mi vida quiromancia reposa como un collage en mis mejillas —derecha o izquierda, según ella diestra o siniestra— o en mi frente, invariablemente al despedirnos cuando me muero por abrazarla y hundir sus pechos en su deseo. Deseo, collage, diablo: vertida la escena para que llegue el Bosco rascándose la espalda,[2] mojando un pincel con su

[1] Le tendría que mostrar las calles y en alguna forma intentaría que ella, de otro mundo, de otra región, de otro tiempo, comprendiera lo que cada una significaba para él, cuando las recorría en las horas que se obligaban a separarse: lugares que, él sabía, ella nunca conocería porque él le tendría que mostrar las calles, y en alguna forma intentaría que ella, de otro mundo, de otra región, de otro tiempo comprendiera que esta zona —"Se llama Zona Rosa porque anda muy cerca del rojo ¿entiendes?" —le diría, le corresponde a sus noches, a sus encuentros en los cafés, a los flirts con las muchachas que abundaban —"Flirt es como un coqueteo ¿Te acuerdas cuando nos veíamos en la calle antes de conocernos?" —ella asentiría sin apartar la mirada de aquella alucinación —la de sorpresa, curiosidad, rechazo porque no era de *allí*— "Bueno, pues cuando yo te sonreía era un flirt, para que cayeras. Y caíste." —Ella seguiría asombrada con la vista a través de los cristales: sin saber que un domingo en La Lagunilla abarcaba para él más allá que el sol, más allá que la liberación de su íntimo sosiego al estar entre turistas y curiosos y coleccionistas en la estrecha acera; la mañana se revelaba como el sentido futuro de su encuentro por la tarde, en el río asfaltado. —"Mira los espejos. ¿Te gustan?" —preguntaría él ese domingo por la mañana, sabiendo que ella se habría puesto medias negras.

—Sí, están muy bonito —contesaría ella, sin interesarse mucho porque habría sorprendido a alguien admirándole las piernas, allí en Hamburgo Street de noche.

Y comprarían dos:

—Uno para ti.

—Y otro para ti.

[2] Y en un camión, una tarde lluviosa que los obligaría a bajarse corriendo, a guarecerse a una taquería, en Portales, y después caminar con las cabezas inclinadas, y dándose un beso antes de despedirse. De despedirse antes él no hubiera encontrado aquella mujer, ya en la noche, simplemente así para acostarse con ella soñando en *ella*. Pero en el camión, él continuó su enseñanza fortuita hacia la concepción de un entendimiento que no llegaba sino cuando se abrazaban o cuando algún disgusto (Y entonces hasta con placer secreto él provocaba o anhelaba...) los hacía reconciliarse furiosamente, un entendimiento que fuera con simpleza hablar de otra cosa que no fuera

—Llegué tarde a la fábrica porque mi hermano no quiso traerme...

—Me dijo Celia que habían terminado...

—Me pagan a destajo y como no terminé con las cajas...

Ajá, ajá, humm, y para no seguir escuchándola recordó que traía a El Bosco.

—Mira, éste es un pintor maravilloso y... y... —y toda su emoción al contemplar El Jardín se la derramaba y ella decía ¿qué es esto? ¿por qué esto?— no entendía nada.

—Éste es el Paraíso (ándale, presume), éste es el mundo, corrompido por todos los placeres de la carne (qué púdico te has vuelto) y éste es el Infierno esta cara se cree que es un autorretrato, pero acá está él, ya viejo, mira, parece cucaracha (qué inspirado estás) Tú te pareces a esta mujer.

saliva: este día de algún mes de algún año póstumo del siglo quince o del inaugural dieciséis (para los españoles) Jheronimus Bosch —con moldes góticos— la ha escogido para modelo; hoy pintará la súbita mujer con frambuesas equilibristas, la virgen cada vez menos del óvulo nervioso con su compañero en el viaje de gestación. Así de imposible, tanto como decir que Brueghel el viejo se acordó de ella: fines de 1556, Peter Brueghel, natural de Breda, provincia de Brabante, coloca la figura de la avaricia, al mismo tiempo que realiza su Adoración de los Reyes y es *ella* con los ojos caídos hacia el dinero que incuba en su regazo, o ciegos —según Tolnay— por el brillo del oro, o porque no quiere ver más riquezas para no desearla ya tanto y desesperar... con un sombrero de luna creciente que apunta sus extremos hacia las frambuesas...

Sin embargo, un fragmento tuvo que acomodarse en la piel de la realidad, en la sombra del huevo universal, algo como su cuerpo —por ejemplo— o sus cartas, fechadas al azar —con azahar en el vértice del ángulo—, o sus grandes acercamientos —¡close ups!— en el columpio tendido de noche, como la ropa íntima que yo veía ondear sobre su casa como cualquier trapo tricolor:[3] sostenes, pantaletas, faldas, blusas, vistiendo al aire que, después de todo, ella condensaba por mi garganta, atónita de amarla subterránea; algo tuvo que permanecer intacto en la memoria para que yo siga escribiendo — viendo su gesto que quiere descubrir mis aventuras, mis pensamientos untados en su relieve, mis próximas futuras noches solitario llamándola desde la blancura de una almohada que cada vez más se sigue proyectando sobre la pared hasta ser suya. Algo tuvo que ser por sí mismo para que aún viva, aunque cualquier transeúnte lo golpee, pise, rompa —y entonces estalle, en un desfile de colores impávidos y muertos ante la ciudad instituida que los saluda: Coca-Cola fría, los electricistas están con usted, señor Presidente; mejores fotos con Kodak, o si no, algo así como el desfile de Independencia con música de La Lande —fanfarrias para el desayuno del rey-presidente—, el discurso informativo anual perentorio con los coros de la Novena— und de Cherub steht vor Gott,[4] Señor Presidente (en plural) y al final el homenaje gastronómico por los servicios al pueblo; con el Festín de Baltasar.

Afectuosamente, William Walton (rúbrica) (punto).

Algo tuvo que detenerse ante la agonía de nuestro abandono, algo tuvo que imitar al "raposo que se echó a la calle e se fizo muerto"[5] para seguir latiendo —en el palpitar de colibrí, de vena, de arpa, del recuerdo, amoroso, místico, absolutamente patibulario pero melancólico—, seguir siguiendo el camino de cualquier personaje desteñido —el viejo que sube la escalera y oculta la flecha clavada entre sus nalgas, con pantalones amplios y ajados, con un saco raído sobre una camisa que se esperanza en sus costillas; la mujer con rebozo crepuscular y medias enredadas sobre las rodillas y que acaba de empeñar la máquina de coser; el muchacho con chamarra de cuero, gamada, pantalones de sábado, pensamientos de esquinas y futbol y trabajo; el cobrador con su portafolio pandora y zapatos peregrinos, de regresos chillados al hogar, y esposa empapada de aburrimientohastíorizadoresparaacabarladeamolar; el estudiante café y enciclopédico, tributario de la cadera y los senos, conducto impaciente de la baraja y el sexo; la mujer husada, el niño acólito, el cura hermafrodita ensangrentado pero no con la suya.

—Ja ja ja— y un acercamiento y un beso que él no recibió, contemplando a los pájaros vestidos.
—¿Qué tiene en la cabeza?
—...parecen fresas ¿no? (Mira, mira) Algo así.
—Ah qué bonito.
(Pero no entiendes nada, no entiendes nada, Carmen.)
—Es de misterio ¿verdad?
(¿Por qué?)
"Ah qué mi Carmen, te quiero", y el libro resbaló. Hasta que él lo recogió, vio sus piernas, le dio otro beso, supo que era inútil.

[3] Cuando se despedían en aquella calle oscura, solitaria, cansada después de todo un día en que los niños —al brotar de las casas y casas como hormigas— la ajaban, él permanecía en silencio —chupando el cigarro si no llovía— frente a la casa —mirando la ropa tendida si no llovía—, y esperaba que ella se asomara por la única ventana —única si no llovía, y abriéndola— para despedirse definitivamente e irse chiflando, alegre, si no llovía: si no llovía, en ese breve lapso él intentaba adivinar qué ropa interior era la de ella: Ese brasier negro (alguna vez se lo he visto cuando trae su blusa tejida), esas pantaletas quién sabe (No sé, nunca se las he visto), qué pendejo
esa falda a cuadros (es suya), las medias negras (también). (Adiós) con la mano.
"Si te quitas la blusa —y seguía yéndose, si no llovía— acariciaré tu piel, mañana te digo, me dejas bajarte la falda, qué va a decir mi mamá, en esta calle oscura, pero aquí nos ven, cómo crees, con el miedo ya inmanente a este silencio, a estas sombras hipócritas que nacen por los faroles raquíticos, pero sigo tu cuerpo, tras la caricia de cada prenda que te pones para poder pronunciar tu nombre completo —y subía al camión— y tú mirándome (ándome cayendo de ganas por ti), dándome hasta la última savia de ese instante para llamarte única —única si no llovía— y después, en todo el recorrido del camión, sólo imágenes, una imagen, y el aire que lo engaña haciéndole creer que es ella. Al día siguiente.

[4] .....
Küsse gab sie uns und Reben
Einen Freund, geprüft im Tod;
Wollust ward dem Wurm gegeben
Und der Cherub steht vor Gott
.....
Oda a la Alegría
Schiller: "Ella nos dio los besos y la vid, un amigo, probado hasta la muerte; al gusano fue dada la voluptuosidad; y el Querubín se mantiene en pie ante Dios"
(Ha traducido para ustedes Amparo Alvajar)

[5] ...fasta que lo trasquilaron todo; e por todo esto nunca se movía el raposo, porque entendía que aquellos cabellos non le fazía grand daño en los perder...e después a cabo de pieça vino otro e dixo quel coraçón del raposo era bueno para el mal del coraçón, e metió la mano a un cochiello para sacarle el coraçon...
Infante Don Juan Manuel: El Conde Lucanor o Libro de Patronio.

Algo fue: tal vez la botella vacía del refresco en aquel telar de palabras — el que tocó ella, como a una boca de flauta, con sus labios; cuando yo me preguntaba en latín por qué tenía que llamarse oráculo, profecía, encantamiento; fórmula legal; oración; canto poético, poema, verso, poesía; sonido, melodía; epitafio y pertenecer por añadidura a la tercera declinación y capricornio y tal vez ella contestaba con la caída —elevación— vertiginosa y serena de su cuerpo, como las columnas de la Catedral en la Antigua.

Debo confesar que la quería —así de imposible— y que su *gesto* me anunciaba —día a día, a medida que iba dogmatizándose, irremediable a irremediable— que su descubrimiento era mi desesperación, mi salina inmovilidad, mi abrazada impotencia ante su progresiva aparición a las ocho de la noche: febrero, marzo, abril, apenas lo creo, mayo, junio, julio, felicidades para siempre junto a ti, agosto, septiembre, octubre, me sumerjo nocturno en el deseo, noviembre, catorce de diciembre, súbito como todo lo de ella, la desaparición y el anuncio del nuevo gesto,[6] gesto esquivo que retrocede al lienzo, a la escultura, al negativo de una fotografía que nos tomaron una noche conjurada, con un neptuno detrás —en la Alameda— en la obertura de los gritos, las bocinas, los bailes, un sábado: así.

Ese nuevo gesto que vio algún día reproducido en algún cuadro de Matisse o Goya o, más probablemente, de un pintor guatemalteco anónimo, o, quién lo sabe, hasta de Rembrandt.[7]

El anuncio del final, ahora lo sé. Y tal vez no pueda sino mover los hombros despectivamente, chupar de nuevo el cigarro Belmont —made in Guatemala— que un día le ofrecí y que apenas probó, porque comenzó a toser, hasta que la gente que nos rodeaba se alarmó y se volvía a vernos —riendo, azorándose—, y yo disimulé mi turbación ante su ahogo, le ofrecí café y bebió dibujando una sonrisa, la primera de esa noche, de esa mañana, de esa tarde, lunes o jueves, y después inventando mi mano con su caricia y bebiendo de la taza como si fuera de su cuerpo, porque lo pensé entonces; sangre suya . . . tan cerca . . . Había aceptado, aceptó, sangre suya, tan abierta . . . Regreso a su nombre:

Es mejor abrir un diccionario y encontrarla en palabras latinas —aquel silbido que era como un puente entre mi angustia temblorosa y su desnudez, allá, tras la puerta inundada o desierta de su casa; aquel silbido de (música) "Tehuantepec, Tehuantepec, música de una marimba" y con el libro de latín bajo el brazo porque mañana tengo examen— declinaciones, verbos deponentes (VALE, VALE SUPREMUM): oráculo dice aquí como primera acepción. Oráculo de Delfos.

[6] —No sé qué tienes. Te portas muy raro. Ya no vienes por mí a la fábrica tan seguido... Me hablas mucho de tus amigas. Ya no me quieres igual. Siempre vienes enojado y te quieres pelear por cualquier cosita. (15 de noviembre)

—Seguramente ya se habían ido por ahí antes de casarse. ¿Por qué te enojas? No tiene nada de malo que... que, bueno, pues, que se hagan el amor, antes de casarse ¿O sí?

—Nosotros, no sé... no, no pongas esa cara. ¡Huy, nunca te he hablado de esas cosas, no sé por qué pones esa cara de ofendida! ¿Te lo he propuesto? No. ¿Entonces? (20 de noviembre)

—¿Por qué no me abrazas como antes? ¿Qué tienes? Vamos al cine ¿sí? Ándale, yo no tengo la culpa de lo que te pasa. Dime qué tienes. ¿Ya te diste cuenta que siempre no? Será mejor que nos dejemos de ver, para que tú pienses si realmente me quieres. No te entiendo. Pero sí quiero que estés seguro... (2 de diciembre)

—No no es de paseo. Óyeme... sí, me estás oyendo pero quiero que me veas. Necesito ir a Guatemala. No, no va a pasar nada. Te voy a querer igual que hoy. De veras que te quiero ¿Me prometes que tú también serás la misma? ... Carmen, dime que sí. ¿Entramos? Dime algo, no te quedes callada, parece que te estoy diciendo que no voy a volver. (11 de diciembre)

—No sé por qué me lo dices ¿Te acuerdas cuando me juraste? ... sí, que me dirías cuando ya no me quisieras. No quiero que te vayas, pero tú sabes. No puedo prohibírtelo. Mejor ya no nos vemos. (14 de diciembre)

—Adiós. (14 de diciembre)

—Adiós. (14 de diciembre... ad infinitum)

[7] En el camino que unía como un leve cordel los puntos del mapa —Toluca, Oaxaca—, recordaba la canción, música de una marimba, maderas que cantan con voz de mujer, Tehuantepeeec —Tehuantepec, Tapachula, Quetzaltenango—, que tantas veces le había pedido que le cantara mientras caminaban por las calles oscuras de su colonia, y se acariciaban; recordaba que tenían tres años de novios y que hacían más o menos un mes realmente dudaba de su sentimiento, firme hasta entonces. Porque poco a poco se había ido creando el hastío con su presencia siempre pasiva el aburrimiento ante la narración —diaria— que le hacía ella de todos los detalles de su trabajo —que si estaba en el baño (¡fíjate!) cuando la llamaron, que si las píldoras habían salido mal (¡maldita!) de la máquina, que si... etc.— y la relación se fue convirtiendo en un mardo insostenible o con más exigencias que ella no le satisfaría. Como el 20 de noviembre (todas las fechas las recordaba, todas, qué fatiga, hoy hace un mes, hoy hace un año), cuando le habló levemente del sexo y de pronto la deseó, acercándose apenas a la proposición. Ella nunca hubiera accedido. Y a pesar de que una semana antes de salir estaba convencido de su ya patente desamor, cuando ella le propuso separarse él sintió miedo. Tuvo miedo, todo el hastío desapareció ante el temor de no volverla a ver, no besarla otra vez, no nada nunca más. Siutió de pronto que la sangre se acumulaba y supo que era el desesperado intento de su antiguo amor por recuperar su dominio sobre él. Ante la posibilidad de un abandono, presintió que no la dejaría, que tendría que convencerla de nuevo, con sus actos, de que el pasado —esos tres largos años— tenían la validez sorprendente de haber roto con la vida anterior a su mutuo conocimiento. Ella no le creyó. Y se separaron. Ahora, al agotar su recuerdo, presentía que la encontraría en Guatemala, en algún cuadro (¿de un pintor anónimo?), en alguna parte, y que la convencería de su amor cada vez más creciente por esta ausencia. Porque se apoderó súbitamente —cuando una señora en el camión se llevaba una manzana a la boca— el día que le había enseñado las pinturas de El Bosco y su paraíso y sus frambuesas y entonces el viaje lanzó sus raíces y él no se alejaba, iba tras ella.

Respuesta irreversible, me inclino para que no repare que la bragueta se inflama. Juego, hago dibujos en el suelo polvoriento de aquella habitación que recoge en un vértice su figura y mi declaración. Levanto la mirada, me ve, la hundo, la hundo más allá de la piel oscura del salón; me siento y cierro las piernas dobladas entre las cuales: espero, hasta que puedo por fin estar de pie ausente todo signo, decidido —tengo ganas de llorar y orinar—, se lo digo.[8]

[8] Le tomó la mano. Por primera vez. La mano. Primera vez: no sintió que su sexo se diera por aludido. Porque el primer día... era imposible, no lo podía evitar, hasta le dio la espalda para componerse el pantalón: la sorpresa de su acogimiento —sí— lo había deslumbrado, y le había hecho reconocer que no había pensado nunca —porque no creía en la correspondencia— cómo tratar a una mujer —ahora que era ella la primera— la primera vez, le tomó la mano porque ella había acercado la suya —¿lo hizo adrede? No sé, mejor me espero— sin tocarlo y después con un furtivo contacto. Entonces lo hizo —A ver qué pasa— y sonrió. Ella también. —A ver si ahora se me hace besarla.

—¿Sabes que pensé ayer que te fuiste?

—No —le mentía.

(Pero deliciosamente.)

—Bueno, que era imposible que fuéramos novios. No lo creía. Hoy en la mañana tenía miedo de llegar a la cita, no quería decepcionarme.

—Yo también —no le mentía.

(Más deliciosamente.) —Más deli... digo, pero ya estamos juntos.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada, estaba pensando —¡qué espontaneidad!— ¿Por qué no vamos a Chapultepec? —la miraba de frente, emocionado (¡Me lancé!) y la convencía con cada gesto suyo más atrevido, y la conmovía diciéndole que había sabido que su nombre en latín significaba oráculo...

—¿Ora qué?

(Ya las metí.) ...es como una profecía... poema...

—También quiere decir ¿qué? ah, sí, melodía... música, pues. Tú eres eso (sí, ya me acordé, también epitafio epitafio) Epi... digo —la conmovía escribiendo — o intentándolo— en un árbol su nombre en latín, porque le quería decir que representaba... —dijo, ¿no te gusta que tu nombre signifique tantas cosas? Te voy a hacer una poesía que hable de profecías y música y — y sí le gustaba pero no podía decir nada, sí, sí, me gusta, quería gritar y besarlo; pero *¿cómo?* Permaneció callada y le tomó la mano libre mientras la otra recorría la E: C A R M E

—CAR... ME.. N no me gusta que te digan Carmela... para mí eres Carmen, mi Carmen, nada de Carmela, se oye muy feo... Carmen, mi poema en latín.

El tronco. Las ramas. Las hojas. Y las hojas se abrían sobre las nubes que invadían el valle. El camino. La tierra. Las bancas. Y las bancas los llamaban, les pedían y se sentaban Y entonces él le daba el primer beso. Ella recibía el primer beso.

—¿Sabes? Es la primera vez que beso a alguien. Bueno, tú sabes cómo.

Ella le pidió lo que pensaba mientras grababa el corazón: insistía sobre las dos ondulaciones superiores que también podían ser dos senos o el perfil de unos labios contemplados desde arriba o un horizonte cualquiera y después o antes (cada quien en sus pensamientos)
ella se recogió
sobre su pecho
para murmurar que

—Yo también, yo también —y él no la oyera.

Oráculo, oráculo, no porque a través de ella su futuro me contestara, no porque el gesto de la virgen guatemalteca y anónima (¿antes o después del terremoto?) la eligiera como cauce; porque era ella misma la respuesta, era el gesto mismo —y por lo tanto era estas manos que me ha arrancado. Después: profecía. Se vierte en los sinónimos y en el cielo impecable de una trompeta, se vierte en lo que soy, resultado de su palabra februaria y expiatoria— sinónimos suyos hasta que termine el cuarteto *para el fin de los tiempos*. Encantamiento o fórmula legal de la sensualidad y más allá de una oración blasfema que siempre pronunciaba en la iglesia de Loreto —refugio de los astronautas—, y atreviéndose a tomarme de la mano, llorando sus manos las cuencas del rosario, yo inmóvil, un carajo vomito ante el altar y después en la fachada, una parodia feliz de la Virgen aviadora. Pero ella en su silencio —súplica inconfesada de una justificación a las supersticiones marianas y cristeras— pedía justicia que yo no otorgaba.[9]

Avanzaba todo, caían las estaciones como el peso de un barco sobre el mar, y nos llenaban de nuevos pensamientos y disposiciones, adecuados al clima, al sol —o no—, a las lluvias de las tardes fantasmas para sujetarnos debajo de las marquesinas en los quicios de las puertas, levemente insinuantes con el acento de hotel, hotel, tantas veces recorrido con la mirada y nunca penetrado —himen sagrado.

Un puro juego y extraño. Con algo más, que podría ser una jácara: música con Carlos Campos y su orquesta, Acerina y su danzonera —nunca de David Brubeck o de Stan Getzjamais: compases de sus muslos junto a los míos, de sus pechos entre la presencia indestructible, decorativa de los invitados, para que nosotros salgamos después a la calle oscura, al río subterráneo; a ese acuario de luces donde un auto de vez en cuando se atreve a confirmar la existencia del movimiento: ella se había recargado en el tronco de aquel álamo desnudo, yo veía sus pies envueltos en medias negras; me excitaba, excitaba. Y ya. Aquel largo río

[9] —¿No entras a la iglesia conmigo?

—¿Qué vas a hacer? ¿Rezar?

—No hables así.

—Vente, vamos a otra parte.

—No, déjame entrar. Si no me quieres esperar...

—No, no quiero.

Pausa: el San Antonio de piedra, desde su nicho, vuelve la cabeza para contemplarlos.

—Antes hasta me acompañabas a misa.

La virgen aeronáutica, en su bajorrelieve, sólo necesita abrir los ojos y distinguir dos cabezas, allá abajo, frente al arco de medio punto.

—Ya no estoy dispuesto a eso.

Silencio. Él, instintivamente, recorre con la vista la fachada; los santos y beatos y la aeronáutica retornan a su posición original. Silencio. Cada uno en su perfil.

—¿Entonces en Semana Santa no vamos a ir juntos al retiro?

—¡Qué retiro ni qué...

(...la chingada!)

pavimentado, aquella larga noche que se interrumpía, como la apertura sorpresiva de una frase: Adiós. Hasta mañana. Adiós. Hasta mañana.[10]

Y después la atención suspendida de una rama, crepusculada entre las puertas que apenas distinguía y de una de las cuales salía ese gesto, se alargaba ya, el humo cualquiera de una fábrica —donde ella trabajaba y yo la recogía, sin excepción, donde yo recordaba ante cada consulta del reloj que su gesto quería decir debemos amarnos tanto y vivir tan juntos y permanecía expectante, por la posibilidad de una nueva manifestación de su existencia fortuita en aquellas avenidas: habría que recordarle a Cortázar, y más allá a la Graziella de Lamartine o tal vez al Víctor Hugo de El Hombre que Ríe, en aquella peregrinación a través de la nieve de los ahorcados, y, claro, a Merimée; habría que recordar otras cosas: Beethoven en el Hotel de las Artes dedicándole una sonata a Josefina Brunsvik y después asustando a Goethe por los paseos de Teplitz; también que el América y el Guadalajara jugaban esa noche.[11] En San Juan de Letrán, con el sentido de su sometimiento a todas mis voluntades, nuestro camino ascendía, lenta y soberanamente, hasta el mirador de la Torre —cuántos metros, cuántos pisos— para resolver; se después en la nostalgia por una fotografía que perpetuará: A mi Epitafio de la tercera declinación, con amor. Tuyo.

Fue así en el fondo, puliendo el mismo gesto, el mismo gesto reproducido en estos combates, en esta alquimia de museo guatemalteco y tortura, en esta alucinación de Orfeo. ¿Qué justo podría ser? ¿Qué poema hubiera podido dotar a cada día de su correspondiente inmarcesible? Qué palabra, qué cosa, qué actitud: ¿la del que abandona un largo viaje sólo para ver cómo se mueve ante el espejo de una farmacia enfrente de una fábrica, con el deseo de subirle las tobilleras, cuando aún no usaba medias, y continuar con la caricia hasta los muslos? ¿Qué tarde? ¿Qué vida? ¿Qué vida con su intento por salvar esa canción de Marie Laforet podría igualar al otro de invadir su blusa, arteramente, hasta bautizar su seno y su lágrima y la histérica conciencia de ver un noticiero y un anuncio y después un crédito de la Montiel? ¿Qué salida del cine Cairo rumbo a una casa con nueve hermanos podrá ocultar o equivaler a mis paseos por la Academia de San Carlos, solo, condenado como un escupitajo a confundirme entre cuadros de Velasco, Zurbarán y hasta de Caravaggio? ¿Qué a este cuadro? A este gesto se le va tal vez su instantáneo dibujo por un tiempo disfrazado, absorto, dispuesto a seguirlo hasta que alguien lo rechace, para volverlo a su lienzo epitalamio; sí, al gesto, así, en la misma forma que lo podría estar en un camión, cuando le leía Kim de la India y le daba un beso y después una lección porque quería saber, saber todo y de los árboles con himen, a la vez. Ahora está ahí, en el minuto que, recordada, la llevó hasta el convento de la Merced, en la Antigua Guatemala, a confesar una culpa que no era de nadie.[12]

[10] Y entonces hasta con placer secreto él provocaba o anhelaba los disgustos, las contenidas desesperaciones de Carmen, porque eran los momentos, mo-men-tos. Aquéllos en que la convencía de que no la dejaría de querer y se reconciliaban furiosamente. Él ya sabía cuándo: cuando ella no contestara a lo que él decía, cuando levantaba su rostro grababa ese gesto (el gesto) en su memoria.

El gesto de abandono, de una delicada interrogación, de un temor tan frágil como los espejos o sus muslos. El gesto.

Ella terminaba por contarle —que le habían dicho, que se acordó— todas sus inquietudes ante un posible abandono suyo. Eran los momentos. La abrazaba, le repetía entre caricia y beso que no llorara; le bebía sus lágrimas y después se las devolvía envueltas en su saliva. Eran los momentos y todo era tan cursi: como este mismo relato, comparable a El Último Cuplé, que acababan de ver en el cine Cairo, tarareando las canciones de Sara La Grimas y olvidándose de la segunda película en un concierto de intentos por romper la separación entre las dos butacas.

Ahora iban por el río. El río Churubusco con sus álamos los veía pasar, indiferente a ellos y a los autos que transitaban por él, ya subterráneo, y oía las quejas — de Carmen solamente, declinando y conjugando vergüenzas: en el fondo el que se hubiera dejado acariciar significaba más por lo que él pudiera decir (eres una cualquiera, con cuántos habrás hecho lo mismo antes) que por el mismo acto: Me vas a dejar, porque... —No, cómo voy a pensar nada, al contrario —De espaldas a nadie se volvían abrazos y besos. Nada más.

[11] ¡América contra Guadalajara por el liderato!, vocifera por la televisión el locutor. ¡Las alineaciones...! en la puerta (allá en el estadio quién sabe), aquí, ellos dos, noche y gritos de una multitud que exalta a dos equipos sobre ellos, apostaban pesos —besos, sobrentendidos— a su nombre favorito. Y ella dejaba las sonrisas en sus brazos, al recargarse, mientras él sobre su cabello veía el patio desierto de su casa, sus hermanos que cruzaban fugazmente, con sigilo. — ¡Sigi!, gritaría ella (porque se llama Sigfrido, le diría ella después mientras él ya evocaba a las Walkirias) y una nostalgia, una catarata nostalgia se le acumulaba, le iba entrando por las narices, por la boca ante la claridad de un pensamiento solo: La evidencia de que todo aquello que amaba con desesperación no le pertenecía, no sería nunca suyo con plenitud, ni siquiera con realidad.

"En otras pinches palabras, qué carajo, no entiendo nada, ni por qué estoy con ella y con Brunilda al mismo tiempo, aquí y en el Walhalla, aunque tanto la quiero. Quizás porque es de otro mundo, de otra región, de otro tiempo, algo así como de un chingón sueño."

—Te sueño —dirá solitariamente.

[12] Después de haber desembocado casi con insulto en la ciudad tuvo que permanecer en silencio... y aquella fuente del siglo XVI que parecía burlarse de él. Tuvo que iniciar con deliberada lentitud, con inevitable fragilidad, cada paso, cada piedra, para no romper el aire sepultado en la ciudad desde el terremoto de 1773. Shangri-La, Lost Horizons de los conquistadores, en ella, después de dos días de una velocidad imaginaria, asombraría al secreto, el secreto lo enloquecería...

Antes:

—Allá en la Antigua hay un museo, quizá la encuentre ahí. El Museo de la Universidad de San Carlos —se lo habían dicho en uno de tantos restoranes chinos que invaden la capital guatemalteca: Chop Suey.

Después:

Sí, aquí vivió Landívar. Bueno, lo dejo. ¿El museo? Mire, pasando el mercado, inmediatamente a la izquierda y dos calles adelante.

A seguir en el Via Crucis de la Antigua, todo es lo mismo por la calle de Chipilapa: por ahí la fui encontrando, poco a poco, respirando el aire que acabó a Landívar, el aire de la expulsión boloñesa: Urbs infausta fuit, suavi Guatemala caelo; ésta es, Landívar, ésta fue, y ahora vuelve del esqueleto para guardar una poca de misericordia al tiempo, a la fiel fidelidad de las piedras, a la petrificada forma de las sombras, al umbroso secreto de los túneles, de lo que tú hablaste en tus confesiones —sin escribirlo—, del padre aquel, de la misa aquella terminada a los difuntos y engalanada después por el coito de dos clérigos en el subterráneo, arriba; arriba las piedras, el lajariento errar de los indígenas y abajo abajo en la piel de la tumba, se destila el semen a través del hábito, se mancha la sotana gota a gota, mientras San Francisco reza y escribe sus florecillas en la fachada principal de la Merced, a un ritmo sólo turbado por el quejido inaugural de las granadas ascendiendo en las columnas, por el lamento de éstas al comprimirse en sí y volverse salomónicas, abundantes; todo sin pausa, Landívar, todo sin quebranto, sin sospecha del 29 de julio del 73 —hoy que estás en Bolonia— mientras Santa Marta rompe, bramando, la sonrisa de tu suavi caelo: Santa Marta imberbe, apiádate de nos y de ésta la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala, de este escudo heráldico de volcanes y caballeros —y damas que gritaban y huían ante la debacle, mientras el sacerdote y la monja se abrazaban en un amargo solideo y sobrepelliz.

De pronto —así de imposible— la peregrinación es mía, es única en su inmanencia hacia la salvación de una tarde inflamada por el sexo, por el recuerdo sudoroso de su piel y la mirada nieve de su lecho y ausente: ése es el gesto, suyo, la distancia, y el mío, el empeño de mear en los rincones del coro, de cagar bajo el arco —único residuo— de la Escuela de Cristo, de escribir amoramor y luego volverme al guardián del museo que se acerca, me mira, me amenaza, me grita, grita, me pega, pega, y ve amoramor sobre el lienzo de la virgen anónima adornada con aretes y labios rojos: autor desconocido. El mío, la subversión, el espasmo ante la cercanía de una batalla que no corresponde ya a este episodio, ni a esta cadencia dogmática de la memoria, empeñada en descifrar de las ruinas capiteles por tierra, cúpulas voladas hasta el cielo landívar, arcos vueltos tenazas hambrientas —el perímetro que señale el tercer gesto, el verdadero, y no el suyo (tuyo) que quiere decirme— como en aquella tarde que pidió (iste) Coca-cola, en aquel embarazo frente a la iglesia aeronáutica, *en aquel camión, en aquella fuente* de Fray Bartolomé, en aquella fiesta de danzones rigoletos — inútilmente, debemos amarnos tanto y vivir tan juntos, y que fue una inmensa sonrisa de la muerte, que me llega, en esta oscuridad, en este fervor destruido: es inútil e imposible volver a recogerla (a ti), besarla (a ti), acariciarla (a ti), desnudarla (a ti), convertirla (a ti ritmo de mi cuerpo o casi nada en el final, absurdo; en la misma proporción de los espejos y de la enseñanza falaz de los pintores —el Paraíso, la Tierra, el Infierno y . . . ¡El Jardín de las Delicias!—, es imposible concebirla (a ti) en otra posición que la inquieta por ver a la mujer de las frambuesas y reírla (te) y reírme, en otra que no sea tan increíble como los ojos cerrados y abriendo las piernas y atrayendo mis dedos, otra más, otra más plástica que (tú) su recogimiento sobre un sollozo imperceptible cuando detrás de un árbol suspiro la separación que incrementa(s) con (tu) su mano: Vale.

VALE SUPREMUM: entrar al museo de la Universidad de San Carlos[13] —ver los juicios severos, las torturas recopiladas en los Capitanes Generales— y llamar(te)la es la misma cosa, es destruirlo todo, desde el primer momento, es salvar la inflamación y mis palabras: es olvidar cada minuto en cada muerte. Aspiraría el Belmont, lo acabaría frente a t(i el) la y después (le) te hablaría . . . virgen de autor desconocido, perlada con aretes y collar, mujer de la tercera declinación, he querido regresar, quiero volver y verte,[14] complacerme en tu mirada como en tu orgasmo, encontrarte ahora en este salón y decir que puedo declinarte, iniciarte fuera de tu lienzo, invitarte a morir durmiendo conmigo, con todo lo que podemos ser bajo este sol, tercera declinación, virgen, mujer de dos frambuesas y luna creciente (ella), tú.

Estaba inquieto, comenzó de pronto a sentir un frío que le ascendía como una boca que se abriera liberando un pozo. Se detuvo frente a la arcada del Palacio. Se detuvo y revisó las ruinas de la Catedral, se sentó sobre una columna derribada, siguió caminando hasta que al poco sus piernas no le obedecieron. Una esquina. Se sostuvo en una reja y esperó.

—El último camión sale a las siete —le había dicho antes de despedirse.

[13] Ahí estaba. En un marco desportillado y viejo. Se acercó sin saber siquiera que ella lo atraía.

—Por fin llegué —dijo sin la mayor cosa.

—Qué bueno, ya me estaba preocupando.

—Nos detuvimos cuatro horas en Quetzaltenango y después... bueno, ya estoy aquí ¿no te da gusto? —metió las manos en los bolsillos, y palpó sus muslos a través de los agujeros, nervioso. Distrajo la vista sobre las duelas y los demás miembros del salón, ellos sí inmutables. Al mirarla de nuevo descubrió una sonrisa. Hubo un silencio que se perfiló definitivamente desde aquella boca —brillando más que los aretes y el collar— sobre la violencia, y la burla y el desengaño y la desilusión y la desesperanza se confundieron entre aquel su gesto y el *ataque suyo, muerte que desató sobre el cuadro con sus uñas,* lápiz, boca. El guardían llegó cuando agonizaba la sonrisa.

[14] Casi con sarcasmo, sin rodeos: con amargura, comprobó que ella nunca había existido. En el muro aquel parecía una tumba el marco sin lienzo, la blancura de sus cartas deslumbraba hasta perder a las palabras en el olvido, y en cada una de las fotografías la memoria babía grabado una sonrisa, deforme, sin rostro. En alguna parte, ese nombre buscaba su imagen, sus dos imágenes, es decir, sin amargura, su principio.

Eduardo Lizalde

El tigre

A Juan José Arreola

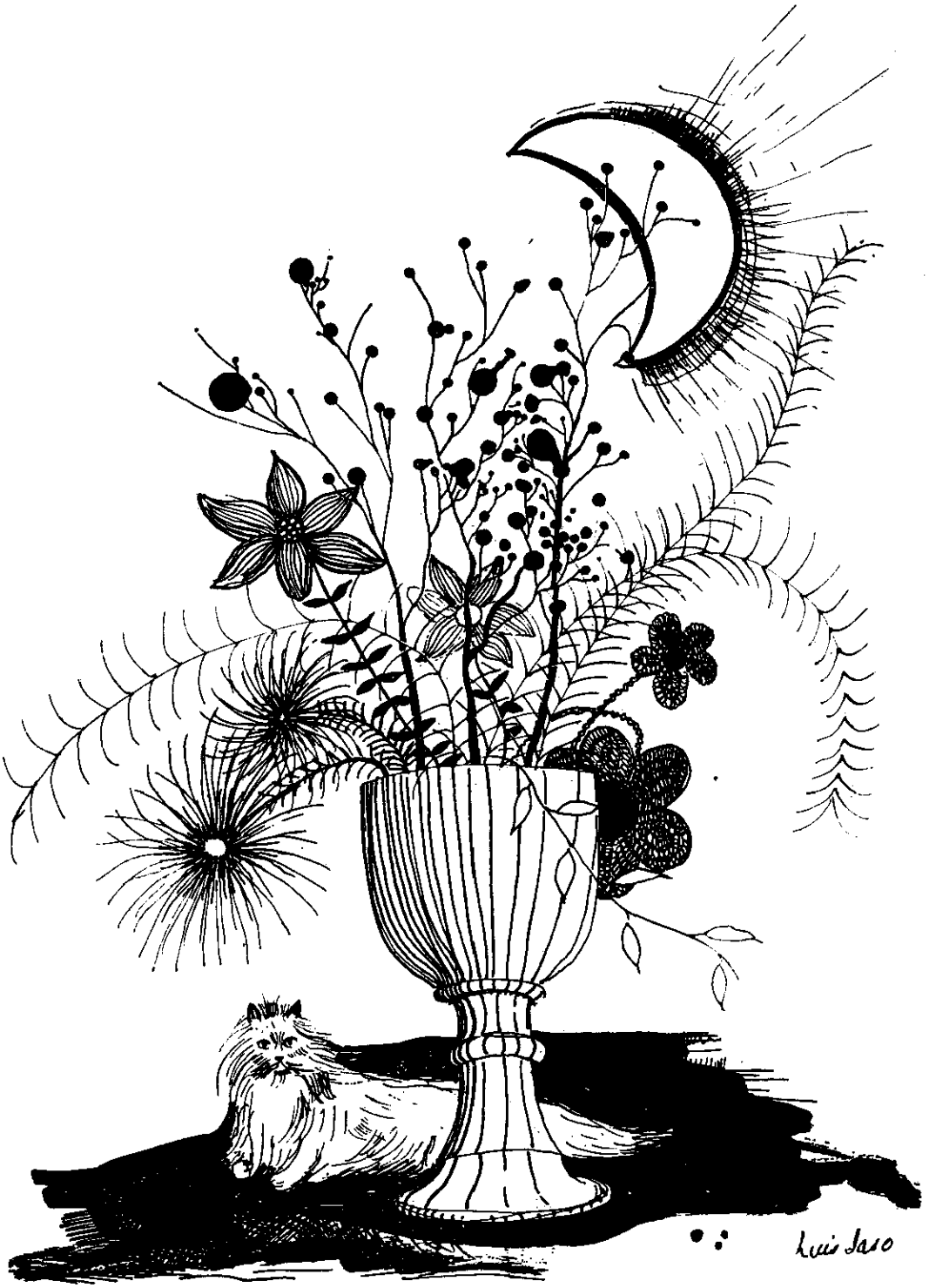
Hay un tigre en la casa
que desgarra por dentro al que lo mira.
Y sólo tiene zarpas para el que lo espía,
y sólo puede herir por dentro,
  y es enorme:
más largo y más pesado
que otros gatos gordos
y carniceros pestíferos
de su especie,
y pierde la cabeza con facilidad,
huele la sangre aun a través del vidrio,
percibe el miedo desde la cocina
y a pesar de las puertas más robustas.

Suele crecer de noche:
coloca su cabeza de tiranosaurio
en una cama
y el hocico le cuelga
más allá de las colchas.
Su lomo, entonces, se aprieta en el pasillo,
de muro a muro,
y sólo alcanzo el baño a rastras, contra el techo,
como a través de un túnel
de lodo y miel.

No miro nunca la colmena solar,
los renegridos panales del crimen
de sus ojos,
los crisoles de saliva emponzoñada
de sus fauces.

Ni siquiera lo huelo,
para que no me mate.

Pero sé claramente
que hay un inmenso tigre encerrado
en todo esto.



ARTES/LETRAS

El eterno retorno

Giambattista Vico, De una República natural eterna

"Terminemos esta obra con Platón quien concibe una cuarta forma de república en la cual los hombres buenos y honestos serían señores supremos. Esta república concebida por Platón fue hecha por la providencia a partir de los principios de las naciones; porque la providencia ordenó que hombres de gigantesca estatura, más fuertes que los demás, que erraban por las cimas de los montes como lo hacen los animales de presa de naturaleza más robusta, se refugiaran, después de los primeros truenos del diluvio universal, en un poder más alto imaginado por ellos como Júpiter. Porque en este orden de las instituciones humanas no podemos concebir como la divina providencia hubiera podido dar ningún otro consejo para detenerlos en su errar bestial a través de los enormes bosques de la tierra.

"Después, entre las poderosas tenazas de la horrible superstición y el aguijón de la lujuria bestial —ambas extremadamente violentas en esos hombres—, cuando vieron que la apariencia del cielo era temible inhibieron el deseo carnal y aprendieron a sofrenar el impulso de los movimientos corporales del deseo. Así, empezaron a usar la libertad que consiste en domeñar los movimientos de la concupiscencia y orientarlos hacia otros fines; la libertad, en efecto, no nace del cuerpo, del cual proviene la concupiscencia y debe venir del alma para ser propiamente humana.

"Mientras esto sucedía, dispersados por planicies y valles y conservando la infame promiscuidad de objetos y mujeres, quedaba un gran número de impíos. Después de largo tiempo, perseguidos por las enfermedades que les causaba su sociedad bestial, débiles, perdidos y solitarios, vinieron a buscar refugio en el asilo de los padres y éstos, tomándolos bajo su protección extendieron sus reinos familiares incluyendo a los nuevos siervos. Así desarrollaron repúblicas fundadas en órdenes naturalmente superiores por depender de virtudes ciertamente heroicas. Pero finalmente los *pater familias*, engrandecidos por la religión y virtud de sus ancestros y gracias al trabajo de sus siervos abusaron de las leyes de la protección y gobernaron con rigor. Con el paso de los años y el desarrollo superior de su espíritu, la plebe del pueblo acabó por sospechar de tal heroismo y supo ser de igual naturaleza que los nobles. En este sentido el pueblo romano fue más lejos que todos los pueblos y por esta razón se hizo dueño del mundo. Y al entreverarse el orden natural con el orden civil nacieron las repúblicas del pueblo. Pero las naciones populares se corrompieron como se corrompieron sus filósofos al caer en el escepticismo. Los eruditos necios calumniaron a la verdad y las repúblicas pasaron de una libertad perfecta a la perfecta tiranía de la anarquía. Los pocos sobrevivientes, en medio de la abundancia de las cosas necesarias para la vida, se volvieron naturalmente sociables y, regresando a la libertad primera del primer mundo de los pueblos, volvieron a ser religiosos, auténticos y fidedignos.

"De este modo les devolvió la providencia la fe y la verdad que son los fundamentos naturales de la justicia así como las gracias y hermosuras del orden eterno de Dios."

Ciencia Nueva, fragmentos de los párrafos 342, 629, edición Fausto Nicolini, Bari, Laterza, 1928.

Lecturas

Dos testimonios: poesía, historia[1]

por Ramón Xirau

Verá el lector que los dos libros de que aquí se trata sólo tienen en común este hecho: ser testimonios. Pero tal vez sobre la palabra "sólo". En todas las épocas los testimonios han sido más que documentos para llegar a ser tanto manifestaciones referidas a un tiempo y a un espacio como declaraciones de fe que trascienden a la historia para ofrecernos lo que Whitehead llama "inmensas permanencias". Paso a dos testimonios particulares; veremos, en cada caso, su valor más allá de lo particular. Uno es testimonio de poeta; el otro, de historiador. El primero lo constituyen los *Testimonios* de Cintio Vitier; el segundo, *Pueblo en vilo* de Luis González.

¿Necesario repetir algunos datos biográficos? Creo que en este caso lo es. Cintio Vitier nació en Key West en el año de 1921. No dudo en afirmar que pronto se convirtió en la mayor promesa de la poesía cubana y que Vitier ahora es uno de los mejores poetas en lengua española. Poeta, crítico y ensayista; porque Vitier reúne —desde que inició con Lezama Lima la revista *Orígenes*— las cualidades necesarias para tres vocaciones. Como poeta publicó *Poemas-Luz ya sueño* (1928) y después, sucesivamente *Vísperas* (1953) —donde se reúne la obra poética de Vitier entre 1938 y 1953—; como crítico es autor de la más viva antología de la poesía cubana: *Cincuenta años de poesía cubana,* (1952) y de *Los poetas románticos cubanos* (1962); como ensayista de dos libros excepcionales: *Experiencia de la poesía* (1944) y *Poética* (1961). Ahora, en *Testimonios,* publica Vitier los libros de poemas que ha escrito entre 1953 y 1968: *Canto llano, Escrito y cantado, Más, El día siguiente, Epitalamios, Entrando en materia.*

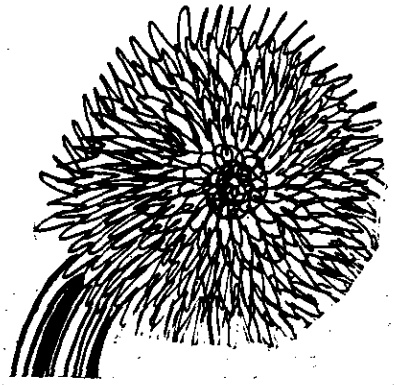
Fácil sería referirse a la perfección formal de los poemas más formales (décimas, sonetos) que sobre todo en la primera parte del libro ofrece Cintio Vitier; fácil sería también tratar de señalar, sobre todo en la primera parte de este libro, la presencia de la mejor poesía española tradicional; fácil ver sus referencias bíblicas y evangélicas. Menos sencillo es entender que Vitier es un poeta que ha adquirido, en el mundo actual, la verdadera madurez que entraña el ahondar en el espíritu para que el amor —en su caso, cristianamente, la *caritas*—, para que el amor difícil y hasta heroico llegue a aceptar el mundo a sabiendas de que todo es salvable y redimible. Como la filosofía para Platón, la poesía es para Vitier un aprendizaje de la muerte; de una muerte que es redención. Y esta redención difícil solamente podrá alcanzarse encarnadamente, viviendo los hombres unos con otros: en última instancia, com-prendiéndose. Creo que éste es y no otro el *Enorme asunto* de su poesía: saber que estamos embarcados, saber que, por "inimaginable" que sea, vamos todos los hombres en el mismo "navío". Condenable a todas luces y en todos los lugares de la historia y de la geografía es el maniqueo, el que se cree y siente superior porque ha bebido en una falsa luz. Habrá de decir: "quise salvar la luz, pero no pude". Sin embargo en *La respuesta al examen del maniqueo* hay esperanza de salvación porque esta esperanza existe para todos los hombres. Y al maniqueo, como a toda criatura, le dice la voz de la respuesta: "Espera. Vive. Sirve." Hay salvación en los contemplativos como la hay en los activos aun cuando son los primeros —aquí los "espirituales" de Unamuno— los que comprenden. La poesía se vuelve instrumento para confiarnos el testimonio de toda una vida. Dice Vitier: "Este libro no es tanto de poesía /como de conciencia." Y, en su tradición de moralista auténtico que ha sido siempre, afirma Vitier, resumiendo su modo de ver el mundo de todos los hombres: "He pasado de la conciencia de la poesía/ a la poesía de la conciencia." Pocos libros como *Testimonios* son, en nuestras letras, una lección de poesía que es también y esencialmente lección de moral.

De muy distinto cariz es el testimonio que nos da Luis González en *Pueblo en vilo.* Sabemos, desde el subtítulo del libro, que se trata de la "microhistoria de San José de Gracia" ¿En qué consiste este género de análisis histórico que el autor llama "microhistoria"? En cuanto al método nos dice que partió de la tesis de Travelyan ("en la historia nos interesan los hechos particulares y no sólo sus relaciones de causa") sin dejar de buscar explicaciones y motivaciones. Luis González ha querido evitar el criterio puramente cronológico, que nos entrega los "sucesos efímeros" y no los duraderos como ha querido evitar también el criterio puramente "sectorial" —que tiende a ser inmóvil y meramente estructural— para reunir armónicamente ambos criterios y hacer del libro una obra de historia sucesiva, y por así decirlo, narrada, sin dejar de fijar el movimiento de la narración dentro de las coordenadas necesarias de orden social, económico, demográfico etc. Luis

[1] *Cintio Vitier. Testimonios (1953-1968). Contemporáneos,* La Habana, 1968; Luis González, *Pueblo en vilo,* El Colegio de México, México, 1968.

González ha conseguido su propósito con creces. *Pueblo en vilo* es, en el mejor sentido de las palabras, un libro de historia que se lee con la misma pasión que puede leerse una novela; es, por otra parte, a través de la ventana de un pueblo, la historia pueblerina que esta ventana enmarca, como es también la historia de los horizontes que el paisaje sugiere: historia de México a partir de un lugar y una sucesión sólo limitadas en apariencia. Dividido en cuatro partes, *Pueblo en vilo* narra y explica la historia de San José de Gracia a partir de la Colonia (siglos de iniciación), pasando por la Reforma y el porfirismo (medio siglo en busca de comunión), la época revolucionaria (treinta años de penitencia) para concluir, contemporáneamente, con "veinticinco años de mudanzas". Tal es el esquema general del libro. Como libro de historia es de primera. Lo es como obra literaria —nadie ha pensado seriamente que la historia y las letras estén reñidas—. Desde este punto de vista lo que destaca en el libro de Luis González es tanto su "sabor" —sabor a tierra, a vida al hilo de la vida— como su estilo a la vez dramático —es dramática la historia del pueblo— e irónico. Hay en la obra de Luis González un verdadero amor a su pueblo que le hace penetrar en él para que de él salga un testimonio histórico que es también un documento literario y una vivencia personal (la objetividad de la historia *debe ser* personal).

Estamos en los años de 1957. El pueblo se transforma; de "ayer a hoy" aparecen las novedades. Veamos como las enuncia Luis González: "Son novedades llegadas a San José en el último ventenio: los antibióticos, la contracepción, la farmacia, los plásticos, los transistores, los silos, la vacuna antipoliomelítica, las vitaminas, la televisión, el automóvil, los refrigeradores y otros inventos. A pesar de tantos como han llegado todavía se vive al margen de la industria, la cibernética, el arte abstracto, el existencialismo, el marxismo, el sicoanálisis, la neurosis, la sicodelia, el racismo, el yoga, la filosofía de Teilhard de Chardin, el muralismo mexicano, los tests, la energía nuclear, el surrealismo, la música concreta, la relatividad, y demás formas del humanismo contemporáneo." Toda la seriedad del historiador dicha con humor y con tal vez un cierto dejo de nostalgia. *Pueblo en vilo* es un libro ciertamente valioso para los historiadores y para los sociólogos. Un libro, también, que me gustaría recomendar especialmente a nuestros escritores y, sobre todo, a nuestros novelistas. Como Michelet en su "macrohistoria", Luis González sabe en ésta su "microhistoria" dar testimonio de la viva revificación del pasado de un pueblo que es "puerta al campo" (dirían Machado y Paz), que es puerta abierta a la historia mexicana.



Libros

ADOLF KOZLIK

El capitalismo del desperdicio

Siglo XXI Editores S. A.

Pocas veces se tiene la oportunidad de recomendar tan ampliamente un libro, como lo hacemos en esta ocasión con *El capitalismo del desperdicio*, obra póstuma del economista austriaco Adolf Kozlik, en la que al rigor científico va aunada una gran claridad de exposición.

El libro, de poco más de 360 páginas, constituye un documentado análisis de la economía estadunidense actual, en el que Kozlik fundamenta la tesis central de su trabajo: el capital excedente de los países desarrollados no puede ya ser invertido en el exterior, ni por asomo, en el volumen de los años anteriores, encontrando la inversión en el interior serios obstáculos; ese capital excedente hubiera provocado una seria crisis de sobreproducción, que habría amenazado la pervivencia de la economía capitalista, si el problema del mercado no hubiera sido resuelto por el Estado conforme a las experiencias del régimen hitlerista y la segunda Guerra Mundial, que señalaron una solución: el capital excedente que no se puede invertir en el interior ni exportar es comprado por el gobierno y desperdiciado o destruido, lo que se realiza a través de un aparato burocrático inflado, armamentos, ayuda al exterior y viajes espaciales.

Comprando el gobierno de Estados Unidos una quinta parte del producto nacional, es natural que los grandes empresarios luchen por colocar a su gente dentro del gobierno

o se aseguren los servicios de políticos.

A esta etapa del capitalismo es a la que Kozlik llama *Capitalismo del desperdicio,* y son sus características las que analiza en el libro del mismo título. "Hasta ahora —escribe— el capitalismo norteamericano del desperdicio ha logrado disminuir las fluctuaciones en la producción y evitar las crisis de sobreproducción; pero no ha conseguido acelerar el crecimiento de la producción. La consecuencia es una desocupación permanente sin crisis."

Kozlik inicia su exposición con un planteamiento general del problema, para entrar después a estudiar la economía de los Estados Unidos en sus dos aspectos fundamentales, la producción y la utilización, abordando a continuación la problemática particular del desperdicio. El libro se divide, pues, en cuatro partes, tres de las cuales, *La producción, La utilización* y *El desperdicio,* son las fundamentales; cada una de ellas se subdivide a su vez en varios apartados.

Quizá la parte más interesante del libro sea la dedicada a la inversión de capital, una de las cuatro formas de utilización que Kozlik analiza. En ella, como por lo demás a lo largo de la obra, discute la ley, enunciada por Marx, relativa al aumento de la tasa de capital y el consiguiente descenso de la de ganancia, para encontrar que dicha tendencia se ha invertido a partir de la segunda Guerra Mundial, tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña y Alemania. "Debido a que se reduce la tasa de capital —afirma— se limitan las posibilidades de inversión del capital: en la actualidad son más estrechas que hace 50 años o más. La sobreproducción general de capital no tiende a desaparecer —como predicen los economistas burgueses— sino más bien a convertirse en un estado crónico."

Reducción de la tasa de capital, saturación de bienes de consumo agrícolas e industriales y limitación a la exportación de capital, son las tres grandes barreras que enfrenta la economía estadunidense en su desarrollo, al decir de Kozlik. Superando la formación de capital las posibilidades de inversión, el excedente no invertido conduce a la crisis: siempre que no se le desperdicie. El hacerlo es el principal objetivo de la política económica del capitalismo norteamericano. "El Estado desperdicia el excedente de mercancías que, de otra manera, ahogaría a la producción."

—Carlos Mallén

LEOPOLDO ZEA

El positivismo de México: nacimiento, apogeo y decadencia

Fondo de Cultura Económica

Bajo el título general de *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia,* fue recientemente reeditado por el Fondo de Cultura Económica el estudio que Leopoldo Zea consagrara, hace poco más de veinte años, a una de las épocas más interesantes de la filosofía en México, la época del positivismo, que en corte histórico quizá demasiado preciso, se inicia con la oración cívica pronunciada por Gabino Barreda el 16 de septiembre de 1867 en Guanajuato.

El estudio de Zea, editado originalmente en dos tomos, nos es presentado ahora en uno, siendo esta modificación, que afecta sólo a la forma, la única introducida en él, pues como el propio autor precisa en el prólogo a esta segunda edición, no tiene "nada más que decir sobre este tema".

La obra, como ya entonces se señaló y como su título mismo lo indica, constituye más que una investigación filosófica, un estudio histórico sobre el positivismo en México, cuyo objeto es mostrar las formas que dicha doctrina adoptó al ser aplicada en la circunstancia mexicana.

Para Zea, quien piensa "que toda doctrina, que toda teoría, es expresión de una determinada realidad circunstancial", el positivismo es una filosofía importada a México por un determinado grupo político, la burguesía mexicana. Por ello su estudio abarca tanto las condiciones que hicieron posible su adopción, como su desarrollo teórico y su expresión política, lo que vale decir, el uso que del positivismo hicieron los positivistas mexicanos, aún aquellos que sólo vieron en tal teoría la justificación de sus abusos.

En cuanto a la primera cuestión, en opinión de Zea, "existía una gran semejanza entre las circunstancias con las cuales se tuvo que enfrentar la burguesía mexicana, y las circunstancias con las cuales se había enfrentado la burguesía europea", a saber, la anarquía, el caos en que el país vivía. En estas condiciones, los dos postulados fundamentales del positivismo, orden y progreso, expresaban las necesidades económicas, políticas y sociales de la burguesía mexicana.

Después de estudiar brevemente la adaptación del positivismo a la realidad mexicana, Zea encuentra en las ideas del liberalismo de combate mexicano, concretamente en las del doctor José María Luis Mora, las razones ideológicas y clasistas que habrían de permitir más adelante la adopción del positivismo como instrumento de orden con el cual la burguesía se enfrentaría a los diversos grupos, liberales y clericales que le disputaban el poder, hecho lo cual entra a establecer las opiniones de Barreda, que aparece como educador de los más altos vuelos, cuyo mérito fundamental es el haber formado la conciencia de clase de nuestra burguesía.

Continuando el tema, Zea pasa de las ideas del maestro a las de los discípulos, para exponernos su concepción del orden social, que se sintetiza en la siguiente fórmula de Macedo: "Abnegación de los superiores para con los inferiores; respeto y veneración de los inferiores hacia los superiores."

A partir de la sección sexta, el positivismo es tratado principalmente

en sus expresiones políticas; es el momento histórico en que la nueva generación educada por Barreda establece la teoría, y también la práctica, de un nuevo partido conservador, el de los "científicos". Zea sigue este desarrollo a través de la polémica filosófica con el viejo liberalismo, hasta llegar al triunfo del positivismo, representado por la adopción de la *Lógica* de Ruiz; después de la etapa de dominio pleno del positivismo, estudia su ocaso y la derrota ideológica que le infligiera la generación del Ateneo.

—Carlos Mallén

Libros recibidos

POESÍA

● J. Lechner, *El compromiso en la poesía española*, Universitaire Press Leiden, 1968.

Antología en dos tomos dentro de la Serie de Publicaciones Románicas de la Universidad de Leiden, este libro constituye una aportación verdaderamente original. En efecto, además de una breve introducción donde el autor anuncia que investigará e ilustrará la poesía española del compromiso de la generación del 98 a 1966, escribe un largo estudio que es de por sí un libro —la totalidad del tomo primero—. Señala Lechner, sucesivamente, que la poesía de protesta existió en pequeña cantidad —Machado es aquí excepción a la regla— antes de la guerra civil, exhibe, en el capítulo segundo, la evolución política y literaria de la España que va del 98 al año de 1936 (de interés aquí la presencia de poetas extranjeros en el suelo de España); señala la ausencia de compromiso en el modernismo español, muestra la evolución poética de Bacarisse —a quien Lechner devuelve su verdadero lugar— y de León Felipe, muestra con imparcialidad— el compromiso de casi todos los poetas de la generación de 1927, analiza la obra, entre nosotros injustísimamente olvidada, de Emilio Prados, señala la filiación política de los poetas españoles anteriormente a la guerra del 36, y dedica agudos comentarios tanto a la poesía de guerra como a la poesía social de la post-guerra. En el segundo tomo —propiamente antológico— incluye a la mayoría de los poetas de la guerra entre los cuales destacan Prados, León Felipe, Huidobro, Paz, Quiroga Pla, Garfias, Altolaguirre, tres muestras de la poesía escrita en "zona nacionalista" (aquí se viene a mostrar la abrumadora mayoría de poetas que escribió en la zona de la República) e incluye un apéndice de poemas dedicados a García Lorca (escritos por Altolaguirre, Prados, Gil-Alnert y Garfias).

Sorprenden en este libro la claridad de los análisis y la actualidad de la información de que Lechner hace gala. Un libro que merecería amplia difusión en todos los países de lengua española.

● Marco Antonio Montes de Oca, *Pedir el fuego*, Mortiz, México, 1968.

Un largo poema *(El corazón de la flauta)* y una serie de poemas más breves *(Hay que abrir las ventanas)* componen este nuevo libro presidido por el brillo, el sentido poético y la madurez. Poesía de la caída y de la gracia, es la Montes de Oca poesía en busca del fuego: la claridad y la luz de una fe que el poeta buscaba ya desde sus primeras obras. Los poemas comprometidos que aquí se incluyen no dejan de participar en el mismo y profundo sentido religioso: el de la caída y la salvación.

● Tomás Segovia, *Historias y poemas*, ERA, México, 1969.

"Después de los más exaltantes viajes por el Ser declaraba no haber visto cosa que con la que se correspondiese." El "sabio" de la historia vuelve al bosque para perderse en la vaciedad. Esta tentación del vacío forma parte de las *Historias y poemas*. No del todo ni definitivamente. En esta poesía "a un tiempo clara y vertiginosa" (Paz), Segovia prolonga el encuentro que fue *Anagnorisis* en una poesía —y una prosa también poesía— dedicada a abandonar la soledad del yo y a encontrarse de nuevo —*a pesar* de este mundo— en el Amor y en la otredad.

NOVELA

- Agustí Bartra, *La luna muere con agua,* Mortiz, México, 1968.

Todo el mundo poético de Bartra —un solo hombre canta y habla y vive en cada uno de los hombres— aparece en esta novela construida en el doble nivel de la narración y de la poesía. Escrita con claridad y pasión, de vida a muerte, de naturaleza a espíritu, *La luna muere con agua,* "localizada" en la vertiente del Popocatépetl carece de lugar en cuanto es una novela de la naturaleza humana. En ella se encuentran los opuestos para llegar a la unidad de conciencia y mundo, del "convertirse en espíritu más allá del sufrimiento terrestre, más allá de los sombríos redentores y de las imposturas de la felicidad" y de "la felicidad de lo real". ¿Novela simbólica? Si cuando se piensa, como lo piensa Bartra, que los símbolos y los mitos son carne de la realidad: más que apariciones de un inconsciente colectivo, presencias del espíritu en la carne diversa y una de cada uno de los hombres y de todos los hombres.

HISTORIA

- Carlos Prieto, *La minería en el Nuevo Mundo,* Revista de Occidente Madrid, 1968.

Historia amena y llena de atisbos interesantes —por ejemplo el de que la guerra de la Independencia fue en parte una guerra civil del mundo hispánico— basada en lo que el autor llama el "motor" de la conquista: la minería del Nuevo Mundo. Motor también de la colonización si vemos que la minería impulsó la ganadería tanto como la agricultura. Una interpretación original de la conquista y de la independencia de América de lengua española.

- Carlos Martínez Marín, *Tetela del Volcán,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1968.

Publicado por el Instituto de Investigaciones Históricas, *Tetela del Volcán* traza el desarrollo del pueblo desde tiempos prehispánicos —"tributarios" de los señores de Xochimilco— hasta la evangelización. La tercera parte del libro analiza la historia y la estructura del convento y destaca la limpieza y sencillez de su estilo. De sumo interés la cuarta parte donde se estudian las pinturas murales del convento descubiertas hace diez años. La mitad del libro reproduce los documentos fundamentales que acerca de pueblo y convento han llegado a nosotros.

ENSAYO

- Juan García Ponce, *La aparición de lo invisible,* Siglo XXI, México, 1968.

Veinticuatro ensayos sobre la misma esencia (la pintura) vista desde veinticuatro ventanas. Reúne García Ponce ensayos de muy primer orden —es ahora nuestro mejor crítico de pintura— sobre Braque, Picasso, Klee, Kandinsky, Klimt, Cranach, de Kooning, Casimiro Castro, Tamayo, Felguérez, Rojo, Fernando García Ponce, von Gunten, Glas y Juan Soriano. Acto de fe ante la pintura, expresión de un pensamiento propio y maduro.

REVISTAS

- *Foro Internacional,* Vol. IX, Núm. 1, El Colegio de México, julio-septiembre, 1968.

Acaba de aparecer el número 33 de la revista *Foro Internacional* publicada por el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. Lo integran 5 artículos sobre diversos temas de importancia y actualidad económica y política, una nota de investigación y varias reseñas sobre libros considerados de interés para los lectores.

El primer artículo se debe a dos personalidades del Ministerio de Industria y Comercio del Canadá, se titula "El desarrollo económico de Québec en el contexto norteamericano" y su propósito es presentar a la más grande de las provincias canadienses y la forma como ésta ha alcanzado su actual estado de madurez económica.

El segundo ensayo, "La crisis de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio", es del economista argentino Marcos Kaplan. En él se hace un balance general de la ALALC, estableciendo su significado desarrollo y perspectivas.

El tercer artículo, titulado "La izquierda chilena: factores estructurales que dificultan su victoria electoral en 1970", es del profesor norteamericano Miles D. Wolpin. Aquí se analiza una serie de elementos que obstaculizan la transformación revolucionaria del sistema político chileno, a través del proceso electoral.

El cuarto artículo, "La segunda Conferencia de Comercio y Desarrollo", se debe al economista mexicano Julio Faesler quien estudia los antecedentes, el desarrollo y los resultados de la Conferencia celebrada en Nueva Delhi en febrero de 1968.

El quinto artículo es de la doctora Iris Mabel Laredo, argentina, se titula "Integración regional y política internacional" y versa sobre aquellos factores externos que intervienen en todo proceso integrativo.

Finalmente, la nota de investigación es de la doctora Elisabeth Esser Braun y gira en torno al estudio de "La Conferencia Internacional sobre Derechos Humanos", celebrada en Teherán de abril a mayo de 1968.

Colaboradores

- KOBO ABE, nacido en 1924, es uno de los más brillantes novelistas y dramaturgos del Japón. Estudió medicina en la Universidad de Tokio, se acercó a los movimientos de vanguardia y principalmente al surrealimo. Obtuvo en 1956 el premio Akutagawa. Sus principales novelas son *Unión de hambre, El ojo de piedra, El mapa quemado* y *La mujer de arena,* de la que presentamos un fragmento y que próximamente será publicada por la Editorial Era.
- JORGE AGUILAR MORA, nacido en 1945, es alumno del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. Ha realizado estudios de filosofía en la UNAM y actualmente se encuentra becado en París. Se dedica a la crítica literaria y a la literatura creativa. Escribe una novela aún sin título.
- ROMEO FLORES CABALLERO (Monterrey, 1935) es Maestro en Pedagogía (Sam Houston State Teachers College, 1960), Maestro de Estudios Latinoamericanos (Universidad de Texas, 1966) y Doctor de la Universidad de Texas (1968). Ha sido profesor en todos los niveles de la enseñanza en México. Actualmente es profesor e investigador de tiempo completo en El Colegio de México y catedrático de la UNAM. Es autor de varios artículos sobre la historia de México en el siglo XIX y de un libro de próxima publicación: *Los españoles en la vida política, económica y social de México: 1804-1838.*
- EDUARDO LIZALDE inició sus actividades literarias a los 18 años. En 1949 publicó *Martirio de Narciso* en la revista *Fuensanta* y en compañía de Enrique González Rojo Jr. sentó las bases del "poeticismo". Ha publicado *La mala hora, Odesa y Cananea, La sangre en general* y un poema de gran aliento: *Cada cosa es Babel.* También un libro de cuentos: *La cámara.* Actualmente prepara un volumen de poesía: *El tigre en la casa.*
- OCTAVIO PAZ (1914). Innecesario presentarlo. Necesario decir que además de los dos libros que acaba de publicar en Ediciones Era (*Discos visuales* y *Marcel Duchamp o el castillo de la pureza*), tiene ahora en prensa un nuevo libro de poemas (*Ladera este*), del cual el poema que publicamos forma parte, y un nuevo libro de ensayos, ambos en ediciones muy próximas de Joaquín Mortiz.
- ALEJANDRA PIZARNIK, joven escritora argentina, *debe* ser mejor conocida entre nosotros. De sus poemas ha dicho Pieyre de Mandiargues: "Son lindos animales un poco crueles, un poco neurasténicos y tiernos; hay que alimentarlos y mimarlos; son preciosas fierecillas cubiertas de piel." Textos recientes: *Pequeños poemas en prosa,* (*Papeles de Son Armadans,* Mallorca, 1968) y *Extracción de la piedra de locura,* (libro publicado por Sur, Buenos Aires, 1968).
- SUSANA THÉNON, nació en Buenos Aires. Ha publicado tres libros de poemas: *Edad sin tregua* (1957), *Habitante de la nada* (1959) y *De lugares extraños, Carmina* (1967). Prepara actualmente un nuevo libro con el nombre de *Distancias.* Colabora en diversas publicaciones de su país y del extranjero.
- JOSEFINA VÁZQUEZ DE KNAUTH, profesora de tiempo completo en El Colegio de México. Realizó estudios en las universidades de México, Madrid y Harvard. Se doctoró en Historia en las universidades de Madrid y México. Ha publicado dos libros: *La imagen del indio en el español del siglo XVI* (Veracruzana, 1962) e *Historia de la Historiografía* (Pormaca, 1965).
- LU XUN se cuenta entre los primeros iniciadores de la literatura china moderna —fines del siglo XIX y primeras decenas del XX. Considerado como ensayista de primer orden, Lu Xun ha escrito también varios tomos de cuentos en un estilo donde reúne las tendencias del realismo crítico con un peculiar sentido del humor y de la sátira.

Edición reciente:

EL COLEGIO DE MÉXICO. INFORMACIÓN GENERAL Y PROGRAMAS. 1968-1970

Presentación

¿Qué es El Colegio de México? ¿Cuál es su historia, cuáles son sus actividades? A estas preguntas, tantas veces formuladas, responde este pequeño libro. Informa sobre el carácter de El Colegio como institución de enseñanza superior de tipo universitario, sobre las carreras que en él se pueden cursar y sobre las facilidades que ofrece —tales como biblioteca, laboratorios, auditorio, cafetería, concesión de becas—. Incluye una lista de todos los profesores, investigadores y conferenciantes que colaboran con El Colegio, ya como cuerpo docente e investigador de planta, ya como invitados a impartir determinados cursos, y otra lista con las obras que ha publicado a lo largo de su vida.

La obra está destinada, pues, a todas las personas e instituciones interesadas en las labores de El Colegio en particular y, más ampliamente, en la educación superior en México.

DEL ÍNDICE

1. Directorio general
2. División académica
3. División administrativa
4. Objetivos y breve historia
5. Centros de estudios, programas docentes, grados
6. Calendario de programas académicos
7. Catálogo de cursos
8. Programas de investigación en curso y en proyecto
9. Biblioteca
10. Publicaciones
11. Servicios generales

120 pp., ilustrado

En México $ 10.00 En el exterior Dls. 1.00

EL COLEGIO DE MÉXICO
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Guanajuato 125, México 7, D. F.

Fondo de Cultura Económica

ALFONSO REYES
Obras completas. Vol. XIX
Los poemas homéricos - La Ilíada - La afición de Grecia.
1a. Ed. 444 pp.

ARTURO TORRES-RIOSECO
Antología general
1a. Ed. 290 pp.

I. M. BOCHENSKI
La filosofía actual
5a. Ed. 340 pp.

FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ
El diosero
7a. Ed. 131 pp.

OSCAR LEWIS
Antropología de la pobreza
6a. Ed. 304 pp.

PIDALOS EN AV. UNIVERSIDAD 975, MÉXICO 12, D. F., Y EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS.

ZONA FRANCA

REVISTA DE LITERATURA E IDEAS

Director: Juan Liscano

Redacción:
Baica Dávalos

R. Públicas:
Emira Rodríguez

Apartado postal 8349
Caracas, Venezuela.

Precio del ejemplar: $ 0.50 Dlls. (extranjero)
Suscripción anual: $ 6.00 Dlls. (extranjero)

ET CAETERA

Revista Bimestral de Cultura
Director: Adalberto Navarro Sánchez

En el Núm. 8-10 (julio de 1968):

Colaboraciones de Manuel Serna Maytorena, Ramón Gil Olivo, Jaime Castiello, Donato Ruiz, Constantino Cavafy y otros.

Redacción, administración y canje:

Municipio 1048 (Colonia Ayuntamiento)
Guadalajara, Jalisco, México.

INSULA

Revista bibliográfica
de Ciencias y Letras

*

DIRECTOR:
ENRIQUE CANITO

SECRETARIO:
JOSE LUIS CANO

*

Redacción y Administración:
Carmen 9 / Madrid, 13

CUADERNOS AMERICANOS

OFRECEMOS LAS SIGUIENTES OBRAS:

	PESOS	DOLARES
La apacible locura, por Enrique González Martínez	20.00	2.00
Estudios sobre literatura hispanoamericana, glosas y semblanzas, por Manuel Pedro González (en tela)	30.00	3.00
Signo, por Honorato Ignacio Magaloni	10.00	1.00
Lucero sin orillas, por Germán Pardo García	20.00	2.00
Los jardines amantes, por Alfredo Cardona Peña	20.00	2.00
Nave de rosas antiguas, poemas, por Miguel Alvarez Acosta	25.00	2.50
Al otro olvido, por Dora Isella Rusell	8.00	0.80
Dimensión imaginaria, por Enrique González Rojo	10.00	1.00
Dimensión del silencio, por Margarita Paz Paredes	20.00	2.00
Acto poético, de Germán Pardo García	20.00	2.00
U. Z. llama al espacio, por Germán Pardo García	20.00	2.00
Poesía resiste, por Lucila Velázquez	20.00	2.00
Azulejos y campanas, por Luis Sánchez Pontón	20.00	2.00
Eternidad del ruiseñor, por Germán Pardo García	20.00	2.00
Ascensión a la tierra, por Vicente Magdaleno	10.00	1.00
Pacto con los astros, galaxia y otros poemas, por Luis Sánchez Pontón	20.00	2.00
La exposición, divertimiento en tres actos, por Rodolfo Usigli	20.00	2.00
Diálogos con América, por Mauricio de la Selva	15.00	1.50
Marzo de labriego, por José Tiquet	12.00	1.20

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado 965
México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

REVISTA

SUR

Fundada en 1931
y dirigida por
VICTORIA OCAMPO

Viamonte 494, 8o.
Buenos Aires

Suscripción anual U.S. $ 6.00
Número suelto U.S. $ 1.00

ESTUDIOS ORIENTALES

Revista de EL COLEGIO DE MÉXICO dedicada a promover entre los pueblos de habla castellana el interés por los aspectos histórico, político, económico, social y cultural de los países asiáticos.

Entre sus colaboradores se hallan:

Michael Adams
Jean Baby
A. L. Basham
W. A. C. H. Dobson
K. S. Karol
Mircea Eliade
Hajime Nakamura
Ivan Morris
Kazuya Sakai
Donald Zagoria

Entre los temas tratados se hallan:
el pensamiento zen en el japón
la revolución cultural china
el teatro noh
religión y sociedad en la india
la poesía china y sus orígenes

Suscripción anual (3 números): US $ 3.50

EL COLEGIO DE MÉXICO
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Guanajuato 125 México 7, D. F.

siglo veintiuno editores sa

NOVEDADES

GONZÁLEZ CASANOVA, P.
Sociología de la explotación
292 pp. $ 30.00

DIEZ AUTORES
Narrativa joven de México
Prólogo de Margo Glantz
252 pp. $ 22.00

PARDINAS, F.
Metodología y técnicas de investigación en ciencias sociales
192 pp. $ 25.00

SALAZAR BONDY, A.
¿Existe una filosofía de nuestra América?
160 pp. $ 9.00

TINBERGEN, N.
El estudio del instinto
256 pp. $ 52.00

ALTHUSSER, L.
Para leer El capital
344 pp. $ 50.00

REEDICIONES

DEL PASO, F.
José Trigo
2a. edición. 548 pp. $ 34.00

FUENTES, C.
Zona sagrada
4a. edición. 200 pp. $ 16.00

BENEDETTI, M.
La muerte y otras sorpresas
2a. edición 144 pp. $ 18.00

En todas las librerías o en Gabriel Mancera 65
México 12, D. F.

LIBROS RECIENTES DE

Enrique Díez-Canedo

EL TEATRO ESPAÑOL DE 1914 A 1936

Artículos de crítica teatral

VOLUMEN PRIMERO

Jacinto Benavente y el teatro desde los comienzos del siglo: Echegaray. Feliú y Codina. Dicenta. Galdós. Benavente. Linares Rivas. Oliver. Los hermanos Quintero. Martínez Sierra.

VOLUMEN SEGUNDO

El teatro poético: Marquina. López Alarcón. Villaespesa. Fernández Ardavín. Montaner. Dicenta, hijo. Los hermanos Machado. Lázaro. Grau. Martí Orberá. López Pinillos. El Pastor Poeta. Chamizo. *El teatro cómico:* Arniches. Muñoz Seca. Pérez Fernández. Paso. Estremera.

VOLUMEN TERCERO

La tradición inmediata: Suárez de Deza. Serrano Anguita. Quintero y Guillén. Ramos de Castro. Pemán. Del Palacio y Martínez Kleiser. Vargas. Manzano. Maura. Millán Astray. Luca de Tena. Fernández del Villar. López de Haro. Martínez Olmedilla. Carreño y Sevilla. Navarro. Torrado y Navarro. Jorge y José de la Cueva. Sassone. Jardiel Poncela. González Ruano.

VOLUMEN CUARTO

Elementos de renovación: Unamuno. Valle-Inclán. Araquistáin. Azaña. Azorín. Gómez de la Serna. Abril. Borrás. Gorhea. Jarnés. De la Torre. Masip. Álvarez. Ugarte y López Rubio. Ximénez de Sandoval y Sánchez de Neyra. Bravo. Casona. Alberti. Sánchez Mejías. Sáinz de Robles. García Lorca. El teatro experimental.

4 vols., 1176 págs. $ 100.00

en todas las librerías o en
AVANDARO, S. A., Ayuntamiento 162-B Tel. 13-17-14

JOAQUIN MORTIZ